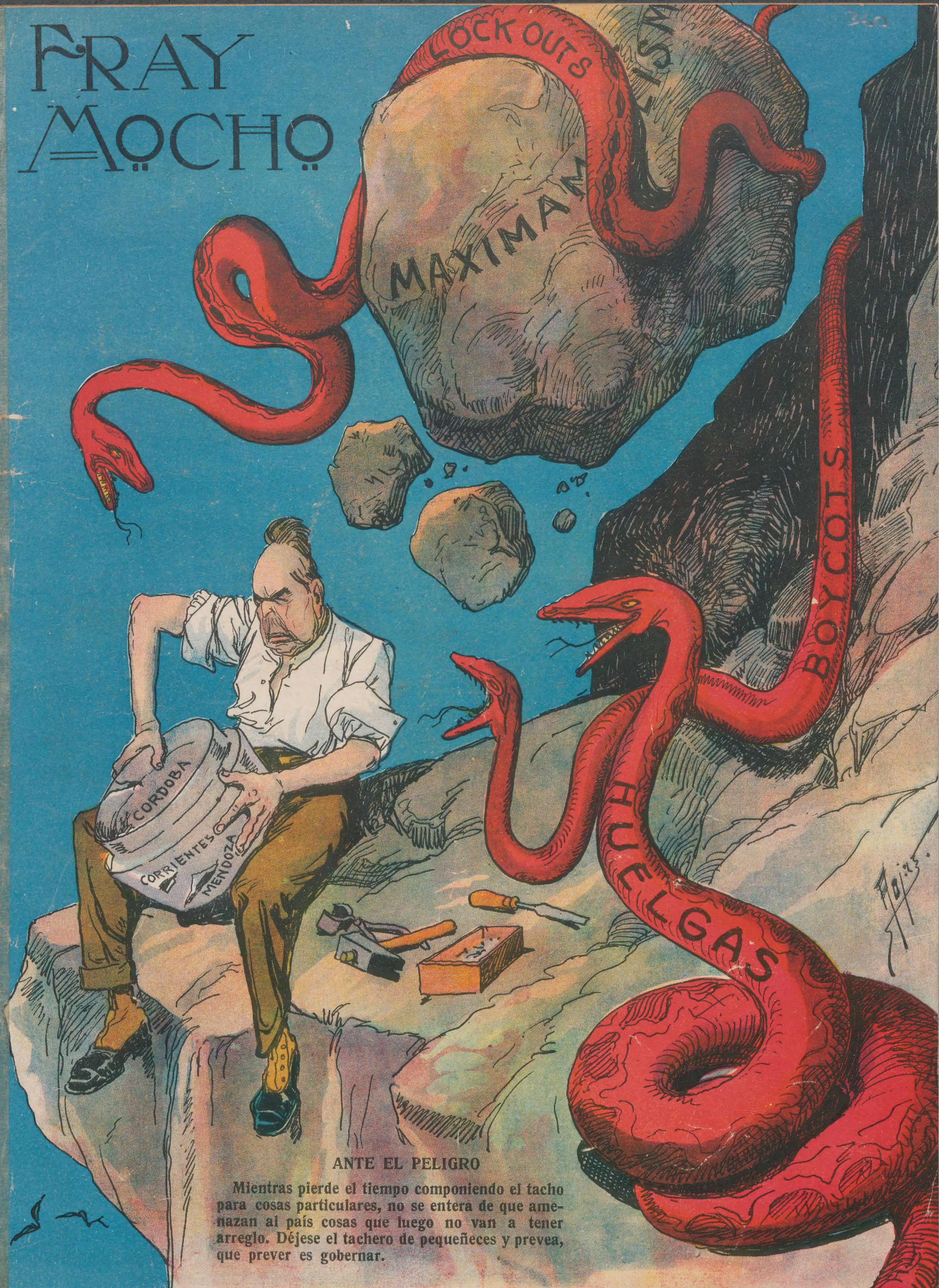
FRAY MOCHO



ANTE EL PELIGRO

Mientras pierde el tiempo componiendo el tacho para cosas particulares, no se entera de que amenazan al país cosas que luego no van a tener arreglo. Déjese el tachero de pequeñeces y prevea, que prever es gobernar.



ECOS DEL CARNAVAL



Concurrentes al baile del Club Social Eslava, realizado en los salones de L'Aiglon.



Aspecto que ofrecía el salón del Centro de Almaceneros, durante el baile organizado por la asociación "Submarino Peral".



Murga formada por elementos filarmónicos residentes en Lanús, y que fué declarada fuera de concurso en cuanto a producción de ruido.



Uno de los palcos del corso oficial realizado en la Avenida de Mayo.

FRAY MOCHO

Año VIII | Buenos Aires, 18 de marzo de 1919 | Núm. 360

Las elecciones del domingo

La ansiedad pública no se da punto de reposo. ¿Quiénes triunfarán en los comicios del domingo? ¿Será la lista radical con su candidato a senador, hombre preparado, sin duda, pero notoriamente ambiguo dentro del partido, y, fuera de él, desteñido en liberalismo, indefinido en materias económicas, e incógnito, en suma, frente a la opinión que reclama con toda justicia soluciones concretas a los angustiosos problemas de la actualidad, y hombres resueltos, enérgicos, francos y decididos para encararlos? ¿Será la misma lista con sus dos candidatos a diputados, quienes tampoco encarnan otro ideal que la prepotencia del partido, sin que, a derechas, sepa nadie qué se proponen? Decía un famoso autor hablando de la revolución francesa: "Tonterías de hombres hábiles, extravagancias de personas inteligentes, crímenes de gentes honradas: he ahí la revolución." Casi estamos por decir, "mejorando lo presente": he ahí el radicalismo...

¿A qué título entonces podría esperar esta fórmula la adhesión de la mayoría de los votantes? Si no nos engañamos, después de las dolorosas equivocaciones que el electorado ha sufrido desde la iniciación de la ley Sáenz Peña, la masa no quiere saber nada de esta o aquella etiqueta política. Hubo un tiempo en que el letrero del frasco determinaba el gusto del consumidor, o sea, era el índice de la bondad del producto. Hoy, todo el mundo sabe que no hay cosa que no se falsifique, y entre las que mejor se prestan, ninguna más formidablemente sospechosa que el "jugo de comité".

Se achaca a la multitud argentina su tendencia personalista. Pero ¿qué otra cosa puede hacer si carece de partidos orgánicos, estables, característicos? Por otra parte, la experiencia muestra que el éxito en la solución de los más delicados problemas, el de la instrucción pública, sin ir más lejos, no depende tanto de los planes, proyectos y reglamentaciones legales, cuanto de la capacidad y buena fe de los hombres encargados de aplicarlos. Y cuando un conjunto de hombres, orientados de la misma manera, y marchando todos a la misma finalidad, intenta producir un cambio en el modo de ser del electorado ¿qué mucho si éste después de comprobar prácticamente la inanidad de las declamaciones y el inútil repiqueteo de las frases oratorias, vuelve sobre sus pasos y declara que no le interesa el ritmo de la banda de música, ni la proclama del estado mayor, sino el coraje y la ciencia de los oficiales?

He aquí un aspecto del problema electoral argentino destinado a agigantarse, a medida que las elecciones se repitan. El pueblo quiere previsión y acierto en el gobierno. El pueblo necesita vivir mejor, instruirse más, evitarse inútiles disgustos, y para ello está dispuesto a colocar en los cargos dirigentes a quienes razonablemente ofrezcan mayores garantías de éxito.

AUTÓGRAFO DEL PRESIDENTE URUGUAYO

Para "Fray Mocho"

B. Brum

Una atención del gran estadista del pueblo hermano, que agradecemos sinceramente.

Y si desconfía de los radicales, si afirma su descontento, una vez en las elecciones municipales de la Capital, otra en las de gobernador de Córdoba, y luego en las de diputados de San Luis, ¿a quién se inclinará ahora? ¿Quiénes triunfarán—volvemos a repetirlo—en los comicios del domingo?

¿Será el partido socialista con su fórmula Justo-Pinedo-Muzzio? Sería pueril negar que la agrupación, ya tan fogueada en las lides parlamentarias, se caracteriza por todo lo contrario de la precedente. Su programa está a la vista. Su juicio no puede hallarse más categóricamente expresado, después de largos años de porfiada lucha. Y lo que es más importante, cumple lo que promete; es decir, no declama ni pierde tiempo, sino que procura realizar arriba, lo que anuncia desde abajo. En el decir general, lo que mayormente interesa de sus candidatos actuales, es la pareja de diputados. Al viejo leader, a quien se destina la senaduría, nadie lo discute; pero muchos lo encuentran mejor sentado en el recinto de la cámara entablando sus agrias catilinarias, que en el hemiciclo de los padres conscriptos, no obstante los halagos de futuros coloquios con el correligionario Iberlucea. Los jóvenes compañeros, en cambio, en el rum-rum de los mentideros "burgueses" de estos días, gozan de general aceptación. Y como a nadie se oculta que el gran factor, llegado el día del comicio, es precisamente el "burgués", indiferente y ajeno a toda bandería, no sería difícil—continúan—que el triunfo los favoreciera...

Con todo, la expectativa se mantiene más y más avivada desde que surgió otra candidatura de indiscutible prestigio en los círculos democráticos. Nos referimos a la del doctor Lisandro de la Torre para senador por la Capital. He aquí una figura de hombre de estado, en la que, con rara felicidad, se refunden armónicamente, sin resabios de clase, los atributos del verdadero republicano. Con él, no es necesario deshacer la tradición nacional para encarar y resolver los problemas obreros, por ejemplo, origen de tantas y tantas disenciones de la familia argentina, motivadas, justo es decirlo, más por la inepcia de los encargados de estudiarlas y aclararlas, que por dificultad intrínseca de las cuestiones. Por primera vez, desde hace largo tiempo, se presenta este interesante caso de un político nuestro, y bien nuestro, que sin caer en la demagogia ni en sectarismo extremo alguno, se niega, sin embargo, a ser conservador. El matiz tiene todo el mérito y la importancia de un color definido y valiente. La hora actual, de renovación efectiva de muchos conceptos tenidos por inconmovibles, es propicia para la nueva escuela. El instinto del pueblo así lo cree, sin duda, pues hemos visto a lo largo de la semana, agruparse en torno del fundador y candidato a la senaduría, no sólo los componentes del propio partido demócrata, sino los del Comité nacional de la juventud, que tantos y tan valiosos elementos acumula y representa, los de la Unión popular, y, fuera de las agrupaciones, las numerosas adhesiones particulares que la crónica registra.

Aparte de estos candidatos, tan caracterizados, los nombres de Alfredo Palacios y Juan F. Mantecón, proclamados para miembros de la cámara joven por los socialistas argentinos, reunen, sin duda alguna, manifiestas simpatías de buena parte del electorado. El primero es bien popular.

Los socialistas internacionales presentan también dos conocidos candidatos a diputados nacionales: Palcos y Penelón.

Y por último, para cerrar con un broche de mérito esta cadena de nombres, que por mi mala suerte no resulta tan bien cincelada como quisiera, llegamos a la doctora Julieta Lanteri de Renshaw. He aquí una mujer valiente. He aquí una verdadera heroína, que no teme el contacto de la prosa parlamentaria, que busca en la política y en la lucha lo que otros espíritus, irónicamente viriles, esperan del silencioso y egoísta gabinete de estudio: la satisfacción del ideal humanitario y científico.

¿Para qué quiere ser diputado la doctora Lanteri?

Ella lo ha dicho en un programa elocuente y conmovedor por el anhelo de fraternidad que transparenta. Haciendo a un lado la dificultad constitucional de que una mujer pueda pertenecer al Congreso de la Nación, que ella da por eliminada, se propone trabajar por el mejoramiento de la familia argentina, por el bienestar del niño, por la salud, la belleza y la alegría de los débiles y de los pobres.

Es una hermosa tentativa, y como todo lo que es bello y bueno, merece respeto y admiración. Conseguirá o no conseguirá ascender a colega de tantos personajes inéditos como hoy ocupan el Palacio de Oro; pero de todos modos, quedará demostrado que su derecho es superior al de ellos...

ESPECTADOR.

MOTIVOS DE VERANEO



—En la municipalidad radical de Buenos Aires continúa la racha... otro escándalo administrativo. Han designado...
—¿Al director de la Prisión Nacional?
—No: una comisión investigadora.

En el Marañón

Cuando yo tenía trece años, una de las familias de la ciudad que más íntimamente se trataba con la mía era la del viejo Cunha, un buen hombre, retirado ya del comercio por menor, en el que había hecho su fortuna, y casado con una señora brasileña, doña Mariana.

Tenían dos hijos, Luis y Rosa, o Rosita, como la llamábamos nosotros. Luis era un año mayor que su hermana, y unos meses menor que yo.

Los tres nos criamos juntos, puede decirse, porque, cuando no era yo el que iba a visitarlos, eran ellos los que venían a pasar el día conmigo.

Vivían en la playa de San Antonio, en una grande y hermosa casa de altos, cuyo fondo, como el de todas las casas del litoral de la isla de Marañón, daba directamente al mar.

Además de esta casa, que era de su propiedad, Cunha poseía una quinta, a la que iba a pasear frecuentemente con la familia.

Casi siempre me llevaban a mí también. La quinta se llamaba "Bienvenida" y estaba a orillas del río Añil, del lado de Viñales. Uno podía embarcarse en los mismos fondos de la casa.

Estos paseos a la Bienvenida constituían uno de los mayores encantos de mi infancia. Criado a la orilla del mar, en mi isla, yo adoraba el agua; a los doce años ya era un nadador valiente, sabía gobernar una canoa o un bote, amainar con destreza la vela en un temporal, y mi remo no se dejaba vencer fácilmente por el remo de pala de cualquier pescador de tres al cuarto.

Salíamos casi siempre con las primeras luces de la madrugada, y llegábamos a la quinta al nacer el sol.

¡Ah! ¡qué deliciosos paseos! ¡Qué hermosas mañanas frescas, pasábamos entre los mangales, envueltos en el olor penetrante y salado del mar! Y después, instalados en el terrado a teja vana, allá en la quinta, ¡qué placer devorar el almuerzo, sentados todos en bancos de madera, alrededor de una mesa cubierta por un mantel de lino claro, y beber el vino nuevo de cayú en grandes vasos de barro colorado! Y después... ¡hala! ¡a jugar! ¡a correr por ahí fuera, en pleno bosque, con los cabellos al viento, y el cuerpo y el corazón a sus anchas!

Y a la tarde, después de comer, cuando la naturaleza empezaba a caer en los desfallecimientos llorosos del crepúsculo, íbamos a sentarnos todos en la era, delante de la casa, oyendo el pío suave y plañidero de las torcaces que se acurrucaban para dormir en las selvas próximas. Entonces Luis iba a buscar su flauta, Rosita su guitarra, y yo, acompañado por ellos, me ponía a cantar los aires más lindos de mi tierra.

A doña Mariana y a Cunha les gustaba oírme cantar. En ese tiempo, mi voz tenía aún, como mi alma, toda la frescura de la inocencia.

En fin, de noche ya, metíanse otra vez en el balay los utensilios de viaje, cargábase con todo para llevarlo a bordo de la canoa, extendíase encima de ésta una vela de lona, en la que nos sentábamos los tres, Luis, la hermana y yo; Cunha se dedicaba al timón, con su mujer al lado; tres esclavos se encargaban de los remos, y nos dirigíamos a la ciudad.

Tan risueña y animada era la ida por la mañana, como lánguida y melancólica era la vuelta por la noche. Doña Mariana, soñolienta, empezaba a cabecear; Cunha se ponía a hablar con nosotros de nuestros deberes escolares para el día siguiente; Luis se acostaba, por lo general, con la cabeza en el regazo de la hermana; y yo me tendía también sobre la lona, de cara al cielo, contemplando las estrellas.

Una noche volvíamos de la quinta en esas condiciones. Pero había luna.

¡Y qué luna! Una de esas noches de luna que parecen hechas para el que anda embarcado; de esas cuya claridad va echando por delante blancos fantasmas que sollozan, que corren por encima de las aguas, surgiendo y desapareciendo con sus mortajas de plata, en una agonía de muerte, como si fuesen las almas afligidas de los ahogados.

Hacía mucho tiempo que habíamos pasado Viñales, e íbamos dejando ya atrás, una a una, todas las viejas quintas del Camino Grande, que dan por un lado al Añil. Doña Mariana dormitaba como de costumbre, recostada en una almohada, con el rostro apoyado en la palma de la mano; Rosita, con el brazo fuera de la canoa, pensativa, agitaba las puntas de los dedos en la orla fosforescente que se formaba en las aguas a cada braceada rumorosa de los remos; Luis canturriaba distraído; y el viejo Cunha, inclinado sobre el brazo del timón, con su gran sombrero de carnaúba echado a la nuca; la camisa y la casaca de brin pardo abiertas en el pecho, miraba absorto las playas que íbamos recorriendo, como si la belleza de aquella noche septentrional y la soledad de aquel hermoso río azul le arrebatasen traidoramente su espíritu burgués, obrando el milagro de arrastrarlo a un devaneo contemplativo y poético.

¡Quiá! Al cabo de un largo recogimiento, y en el momento en que pasábamos por cierto paraje del río, me dijo con un suspiro de pesar:

—¡Qué derroche de dinero, y cuánta incuria se ve por aquí!... ¿Ves aquellas ruinas cubiertas de matas? Aquello lo empezaron hace sus buenos cuarenta años para un gran galpón... y nunca pasó de principio. Tuvo la misma suerte de los muelles de la Consagración y del dique de las Mercedes. ¡Qué gente!

Me puse a considerar las ruinas, que parecían crecer a la luz de la luna; y Cunha, presa de una fiebre de censura, continuaba derramando por las tristes aguas del Añil su cansada indignación contra los malditos gobernadores de la provincia, que tan mal cuidaban nuestra pobre y querida capital.

Y con la marcha monótona y pausada de la canoa, iba desarrollándose lentamente, junto a nosotros, todo el flanco acantilado de la ciudad.

Surgió a la distancia la plaza de los Remedios, irguiéndose sobre la playa como un viejo baluarte de los tiempos guerreros.

Oíase ya un rumor melancólico de casuarinas...

—¡Ahí está! — exclamó de pronto Cunha, extendiendo el brazo hacia tierra. — ¿Para qué despilfarrar el dinero en estatuas como esa, cuando hay por ahí tantas cosas de verdadera necesidad que no se atienden?

Miré en la dirección que indicaba Cunha, y vi la estatua de Gonçalves Dias, que se elevaba en el centro de la plaza de los Remedios, toda blanca, muy alta, triste a la luz de la luna, como la columna solitaria de un túmulo.

No tuve ánimo ni palabras para protestar contra lo que decía el viejo Cunha. Todo lo que sabía entonces de Gonçalves Dias era que éste había sido un poeta infeliz.

—Eh...—refunfuñó el pobre hombre,—para el lujo de ir a poner ese mamarracho en el tope de ese enorme tubo de mármol... para eso hubo dinero. ¡Y bastante dinero! Todo el pueblo del Marañón se subscribió. Mientras que, para concluir los galpones de Campos Mello, que es una necesidad que el comercio reclama todos los días, todavía no se ha movido un alma!... ¡cáfila de locos! Esto me indigna tanto, que, a la verdad, confieso que llego casi a arrepentirme de haberme naturalizado.

Volví a mirar la estatua; y no sé por qué, las palabras del viejo Cunha no me causaron esta vez la impresión de respeto que provocaban de costumbre en mi espíritu de criatura. Por el contrario, aquello me dolió como una blasfemia escupida sobre una imagen sagrada. En casa de mi familia todos veneraban la memoria de nuestro poeta, y en la escuela donde yo aprendía a escribir la lengua portuguesa, mi mismo maestro lo llamaba a él maestro.

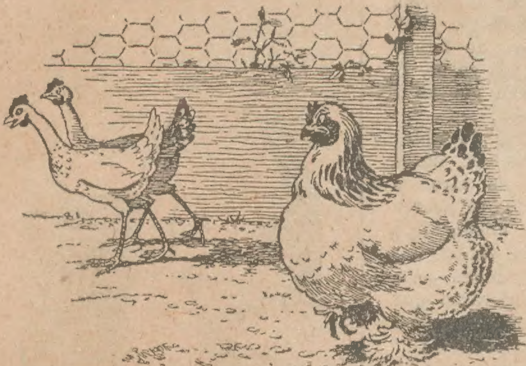
Sin embargo, no dije una sola palabra en su defensa; pero, al contemplar de más cerca la blanca figura de piedra, que en su mudez gloriosa encara aquel mismo mar que sirvió de sepultura al cantor de las palmeras de mi tierra, le encontré una expresión tan tranquila, tan superior, tan distante de mí y de Cunha, que, dirigiéndome a éste, balbucí tímidamente.

—Pero, señor Cunha... si el pueblo le hizo esa estatua, naturalmente fué porque el pobre la merecía.

—¿Que la merecía? ¿Y por qué? ¿Qué es lo que ha hecho él?... "Allá en mi tierra hay palmeras, en las que canta el sabiá; las aves que aquí gorjean no gorjean como allá"... ¡Ahí está lo que ha hecho él! ¡Versos!

Y en el colmo de la indignación, Cunha redobló su furia contra la locura de los hombres que levantaban estatuas a los poetas en vez de ocuparse de los galpones que el comercio de menudeo reclamaba.

Precisamente en ese instante la canoa se deslizaba por delante de la plaza de los Remedios. La luna, perdida y sola en medio del cielo lumi-



—¡Oh, la educación de estos tiempos! Vean de qué manera escandalosa salen a la calle esas pollitas.

noso, bañaba en su misterioso efluvio la inmóvil y blanca figura de mármol.

Y Rosita, que no había prestado atención a lo que decía su padre, rompió a cantar, con su voz cristalina de doncella, uno de los cantos más populares del Brasil:

Si quieres saber el medio
por qué a veces me arrebata
en alas del pensamiento
la poesía tan grata;
por qué veo en mis ensueños
tanto angelito del cielo,
ven conmigo ¡oh dulce amor!
que te enseñaré el camino
donde están los angelitos
y donde se encuentra a Dios.

Y aquella criatura, en su virginal sencillez, estaba desagraviando a Gonçalves Dias, pues de él eran los versos que ella iba cantando inocentemente, al pasar junto a su estatua; rindiendo al poeta, sin saberlo, mientras el padre lo maldecía, el mayor homenaje que puede hacerse a un poeta: repetir sus versos sin averiguar quién los ha hecho.

No soy supersticioso, ni lo era tampoco en ese tiempo, a pesar de mis trece años; pero me pareció que la estatua sonreía.

Efectos de la luz de la luna, seguramente.

Aluizio AZEVEDO.

El virus filtrante de la grippe

Durante la gran epidemia de influenza de los años 1889-90, Pfeiffer descubrió en las secreciones bronquiales de los enfermos, un microbio especial al que consideró como el causante de la grippe. El valor de ese descubrimiento fué discutido en los círculos científicos en razón de que el microbio faltaba a veces en casos definidos de grippe y otras veces, en cambio, se le hallaba en individuos sanos.

Con motivo de la reciente epidemia las sociedades médicas francesas han vuelto a estudiar la cuestión. Se ha comprobado que en la mayor parte de los casos de grippe se encuentra el microbio de Pfeiffer, solo o asociado al pneumococo (agente de la pneumonía) y el estreptococo (agente de ciertas broncopneumonias).

En octubre último los doctores Nicolle y Lebailly presentaron a la Academia de Ciencias de París documentos que aclaran la cuestión y en la sesión siguiente el doctor Dujarric de la Riviere manifestó que sus experimentos confirman las conclusiones de sus colegas nombrados. Según ellos, el microbio de la grippe es un "virus filtrante".

¿Qué es un virus filtrante?

Es sabido que la ampliación de los mejores microscopios tiene un límite. Es imposible ver partículas de un diámetro inferior a un décimo de milésimo de milímetro. Ahora bien, hay microbios que son aun más pequeños y por consiguiente no pueden ser vistos mediante el microscopio. Estos microbios pueden atravesar las bujías de los filtros que sirven comunmente para filtrar agua, tales como los de Chamberland y Berkefeld. Pasan, pues, por los poros de bujías que detienen a otros más voluminosos (microbios de la fiebre tifoidea, del cólera, de la disentería, etc.).

Si se toma "mucus" bronquial o sangre de un enfermo de grippe y se le diluye en suero fisiológico para filtrarlo a presión muy débil por cierto tipo de bujía Chamberland, el líquido recogido después de la filtración es límpido y no se advierte, con el microscopio ninguna partícula viviente. Sin embargo, ese líquido contiene microbios invisibles vivientes y activos. Inyectado bajo la piel o en una mucosa reproduce en el hombre una grippe ligera pero característica; inyectado por segunda vez, no provoca ningún fenómeno morboso, pues parece que la primera inyección confiere cierta inmunidad.

Es de creer, pues, que la grippe pertenece al numeroso grupo de las enfermedades debidas al virus filtrante. Pasteur sospechó la existencia de esos microbios invisibles; en 1898, dos sabios franceses, Nocard y Roux, demostraron la acción de esa clase de microbios en la peripneumonía de los bovinos y actualmente se sabe que, entre otras enfermedades, el dengue, la fiebre amarilla, la rabia, el sarampión y la vacuna son debidas a virus filtrantes.



EL OSITO, LA OSA Y EL CHAUFFEUR

El osito (creyendo que el chauffeur es su padre).—Mamá, mira que automóvil tan bonito ha comprado papá.

Cumplimiento de rey

El rey de Dinamarca Cristián IX, era de humor bromista. Una calurosa noche, en Fredensburgo, el rey acababa de oir tocar a un joven violinista vienés, protegido excesivamente por un archiduque que lo había hecho ir a la corte de Dinamarca. Terminado el concierto, el rey se acercó al violinista y le dijo con benevolencia:

—He oído tocar a Sívori...

El violinista, que veía venir una felicitación, se inclinó en un profundo saludo que hizo caer de su frente abundantes gotas de sudor.

—He oído a Ole Buel...

El violinista volvió a inclinarse.

—He oído a Sarasate—prosiguió el rey—pero ninguno de ellos...

El músico adoptó un aire de profunda gratitud y el rey terminó la frase:

—...pero ninguno de ellos, a mi juicio, transpiraba tanto como usted.

A TOUT SEIGNEUR...



—¡Qué orgullosa, Dios mío!
—Tiene razón: la tía de su papá tiene un primo que es marinero en el barco en que viajó el Presidente.

El santo de los exámenes

La iglesia católica cuenta con un santo — San José de Cupertino — protector de los malos estudiantes, a los cuales ayuda durante los exámenes. Hasta hay una oración a San José de Cupertino que dice así: "Tú lo sabes, he estudiado mucho y con toda aplicación; no he ahorrado paciencia ni dedicación; sin embargo, siento la necesidad de poner mi confianza no en mí, sino en ti. Reconozco sin vacilar que necesito tu protección. Tú también una vez te viste angustiado como yo, pero con el auxilio de la Santa Madre de Dios pasaste los exámenes con toda felicidad. Invoco tu auxilio; por tu protección espero que sólo me pregunten de lo que sé, de aquello en que estoy mejor preparado, haz que pueda contestar con precisión y seguridad y evita que me equivoque y confunda".

Biografía de un copo de nieve

Un copo de nieve no es sencillamente un grupo de cristalitos de agua helada, que se agrupan al desprenderse de la atmósfera. Lo mismo que con una gota de lluvia o un granizo, para que nazca un copo de nieve es necesario el concurso de una partícula de polvo, núcleo en torno del cual se agrupa el vapor en condensación. La forma que al condensarse adopta la humedad, depende sólo de la temperatura; cuando ésta es superior a cero, nace la lluvia, y en cambio, si el aire está a la temperatura de congelación, la humedad sale transformada en nieve. Por regla general, cuanto más frío es el tiempo, tanto más chico es el copo de nieve; los grandes copos, que caen blandos y lentos como plumas blancas, nacen cuando el termómetro marca cero, poco más o menos. El copo, además, crece a medida que se acerca a la tierra, arrastrado por el peso de su núcleo de polvo. Entre la nube de donde se desprende y la superficie del planeta, hay una porción de capas atmosféricas, que varían mucho entre sí en cuanto a temperatura y a la cantidad de humedad que contienen. Estas capas contribuyen al crecimiento del copo, pues éste, al cruzar por una de ellas, recoge más humedad, que se congela rápidamente al entrar en la capa siguiente. Diríase que cada capa de la atmósfera debe a la nieve un tributo de humedad que ha de pagar religiosamente.

Pero esta humedad no se adhiere al copo de un modo íntimo. Entre las gotitas heladas del vapor acuoso que se unen al atravesar una capa, y las que se adhieren en la capa siguiente, quedan diminutas burbujas de aire, las cuales obligan a las moléculas de agua a colocarse en determinada posición, y dan una forma simétrica a los cristalitos que forman el copo.

La forma más común de los cristales de nieve es la de un núcleo sólido con radios ramificados en distintos planos; otros toman la forma de prismas, agujas o pirámides, y algunos son simples láminas de humedad congelada. En todos los casos, la figura del cristal tiene seis puntas y es perfectamente simétrica.

Se dice que los cristales de nieve de una misma nevada tienen cierto parecido, algo así como un aire de familia; pero nada hay seguro acerca de ello. Desde luego, un mismo tipo puede repetirse; pero son tantas las condiciones que para ello deben coincidir, que bien puede asegurarse que en un millar de copos no se encontrarán dos cristales exactamente iguales. Su forma varía también según la altura a que se encuentran las nubes de donde proceden. Las nubes más altas nos envían cristales diminutos, en forma de laminillas, mientras que de las nubes bajas caen los cristales más grandes y complicados. No siempre se encuentran formas perfectas; por lo general, éstas son más frecuentes en las nevadas muy localizadas.

El tamaño a que puede llegar un copo de nieve, no ha sido ni puede ser calculado. Desde el momento en que se trata de un grupo de cristales, resulta imposible fijar límite a la agrupación. Cítase un copo que medía ocho centímetros de diámetro máximo, y que, derretido, dió agua suficiente para llenar una copita de las de licor. Se considera este tamaño como verdaderamente enorme; pero eso no quiere decir que no haya copos mayores todavía.

La blancura de la nieve ha llegado a ser proverbial; nada hay en el mundo más blanco que ella, y así se la ha tomado como emblema de lo más puro y lo más cándido en las literaturas de todos los países. El que la nieve sea blanca, se debe al hecho de que sus helados cristales hacen el efecto de muchos diminutos prismas que combinan los colores del iris, dando lugar a una luz enteramente blanca. Debido a este color, la nieve refleja los rayos caloríficos, pero no los absorbe; es, por lo tanto, un gran radiador de color; pero esto sólo mientras se encuentra limpia de toda impureza. Cualquier suciedad, un poco de carbón esparcido sobre ella, basta para hacer que absorba el calor, y entonces los cristales de hielo que formaban los copos se deshacen poco a poco.

DELIKATESSEN



—Primero teníamos patatas y dinero. Después tuvimos dinero y no había patatas. Y hoy no tenemos ni patatas ni dinero.

Los musulmanes del mundo

Según los resultados que arroja la estadística, el imperio otomano cuenta con 27 millones de musulmanes de los cuales 3 millones viven en Europa y 24 en las provincias de Asia.

En la Bosnia y la Herzegovina hay cerca de 600.000 y unos 100.000 en Bulgaria, Servia, Grecia, etc.

En el imperio ruso hay una proporción considerable de discípulos de Mahoma: 14 millones en sus provincias de Europa y 10 en Asia. En total, 24 millones por 135 millones de almas.

En la India inglesa cuya población es de 250 millones de habitantes, hay 60 millones de musulmanes. De los 400 millones de habitantes de China, 40 millones son también musulmanes. Persia, Afganistán, Arabia y otros países independientes de Asia cuentan con 20 millones próximamente.

Las colonias holandesas de Oceanía, Java y las islas de alrededor, son casi todas mahometanas. Puede calcularse en 27 millones el número de sectarios del Profeta. En Filipinas hay cerca de medio millón.

Africa está llena de mahometanos; todo el norte y el centro del vasto continente es mahometano y por medio del proselitismo pacífico o armado los discípulos del Profeta no dejan de conquistar adeptos entre los negros paganos del interior. Calcúlase en 65 o 70 millones el número de africanos que profesan el islamismo. En Argelia y Túnez hay de 6 a 7 millones, 12 millones en el Sahara francés, en el Senegal y el Sudán, y 200.000 o 300.000 en otras colonias. En total, hay actualmente en el mundo 270 millones de musulmanes.

PERIODISMO BOCHE



—¡Teufel! El ministro dice que va a suprimir las subvenciones a los diarios... ¿Quiere acaso obligarnos a decir la verdad?

Si usted aspira a que en la República

Se supriman los impuestos que encarecen la vida y el trabajo;

Se establezca el impuesto sobre el mayor valor del suelo;

Se suprima la diplomacia secreta y tenga el parlamento el control de las relaciones internacionales;

Se implante el sistema de la representación proporcional en las elecciones parlamentarias;

Se municipalice el servicio de policía y bomberos;

Se apliquen los recursos del Estado, con preferencia a la expansión de la instrucción primaria, laica, gratuita y obligatoria;

Se sancione la ley de divorcio absoluto;

Se establezca la jornada legal máxima de ocho horas y se garantice a todos los trabajadores un salario legal mínimo;

Se reduzca a tres meses el servicio militar;

Se prohiba el trabajo nocturno, se sancione una ley de seguro para la ancianidad, la enfermedad, la invalidez y la maternidad;

Se deroguen las leyes de "orden social" y de "residencia";

Se apruebe el censo y se ajuste a sus cifras la representación parlamentaria;

Se establezca la separación de la Iglesia del Estado;

VOTE FOR LAS CANDIDATURAS SOCIALISTAS EN LAS ELECCIONES DEL DOMINGO PRÓXIMO:

JUAN B. JUSTO

CANDIDATO A SENADOR

FEDERICO PINEDO (hijo) - AGUSTÍN S. MUZIO

CANDIDATOS A DIPUTADOS

Pida boletas de voto e informes en los locales de las agrupaciones socialistas de la capital y en el Comité Central, calle RIVADAVIA 2089, (U. Telef. 4864, Libertad).

INSPIRACION DE CUPIDO



—En vez del hermanito que dices que va a venir, ¿por qué no me haces traer una primita?

Al público

Llevamos a conocimiento del público en general que habiendo terminado las relaciones entre la administración de esta Revista y los señores Francisco Manzano y Eduardo Escalera, "Fray Mocho" no reconocerá en lo sucesivo ningún pago hecho a dichos señores, ya sea como abono de suscripción o ya por cualquier otro concepto, pues las nombradas personas quedan expresamente desautorizadas para realizar gestiones o percibir valores, en nombre o representación de este semanario.

El misterio de la anguila

Durante siglos, la anguila ha sido una mina inagotable de las más curiosas creencias debido a que se ignoraba cómo vivía, cómo se multiplicaba y hasta cómo moría cuando lograba escapar al anzuelo o la red. Desde hace algunos años la anguila ha sido minuciosamente estudiada, y si bien no se sabe de ella tanto como de otros peces, hay en los datos reunidos mucho de sorprendente.

La anguila que puebla los ríos y arroyos de Europa nace en un lugar del Atlántico limitado por las islas Faroë, las Azores y Bermudas. Es, pues, un animal exótico. Y nace en las profundidades inexploradas de las regiones submarinas, en las regiones obscuras y frías en que la presión líquida es comparable a la que producirían centenares de cajas de hierro apiladas, en ese mundo misterioso inaccesible para el buzo donde viven tantos seres monstruosos cuyo estudio y descripción no han sido hechos todavía. Momentos después de nacer la anguila no es más que una mancha minúscula y transparente de materia orgánica, surgida de un huevo de las decenas de millones de huevos que pone cada anguila madre. Millares y millones de anguilas recién nacidas son devoradas por los animales marinos, casi insensiblemente, arrastradas en el agua que tragan.

Las anguilillas que escapan suben a profundidades medias, y en ese ambiente penumbroso tienen lugar las transformaciones sucesivas que convertirán en anguilas perfectas a esos animalejos cuyo espesor no es mayor que el de una hoja de navaja y que apenas son visibles, pues carecen de color y sólo aparecen en la masa gelatinosa chata dos puntitos negros, que son los ojos.

No se sabe cómo pueden subsistir y crecer esos minúsculos seres expuestos a todos los peligros; no absorben ningún alimento. Sin embargo, demuestran una energía sorprendente. Infatigables nadadores, emprenden el viaje de meses, que constituye el primer capítulo de su vida.

Sobre un espacio que cubre a veces la superficie de muchas millas cuadradas navegan en masa compacta hacia la orilla desconocida, adonde los lleva un misterioso instinto, hacia las lejanas regiones terrestres de donde han venido sus padres.

Durante el viaje se prosigue su metamorfosis. Adquieren poco a poco el aspecto de una cinta muy delgada; después la cinta se vuelve más gruesa y parece una agujita de tejer; es todavía incolora, excepto en los dos puntitos de los ojos.

Llega por fin a la costa y busca al azar del oleaje, entre las rocas, la desembocadura de una corriente de agua, en la que se precipita con millares de sus compañeros. Sea arroyo o río, el Rhin, el Támesis o el Loire, las anguilillas penetran ciegamente atraídas por el agua dulce. Su paso es advertido por los pescadores de la costa, que, provistos de redes de malla muy estrecha, recogen pelotones de esas hilachas claras, que son las anguilas. Pero ya en el agua dulce se despierta el apetito de la recién venida y poco a poco su cuerpo cobra carne y color, el color pizarroso o gris verdoso que conservará en adelante. Las mandíbulas se le fortalecen como las de un animal de presa.

La anguila tiene entonces el grueso del dedo meñique. Adelanta continuamente en sentido inverso al de la corriente de agua; su divisa parece ser: "cada vez más lejos del mar"; se desliza resueltamente en dirección a la fuente de los arroyos; cruza lagos, estanques y pantanos; su voracidad es asombrosa: sin cesar busca y persigue una presa y no vacila en salir del agua y arrastrarse por la orilla húmeda si en ésta halla algo de comer. Por consiguiente, su desarrollo es rápido, pero cuanto más crece, cuanto mayor es su tamaño, más aumenta su voracidad: ataca a gran número de peces y los va a buscar en el limo profundo en que se ocultan y hasta en la red o en los cestos de los pescadores.

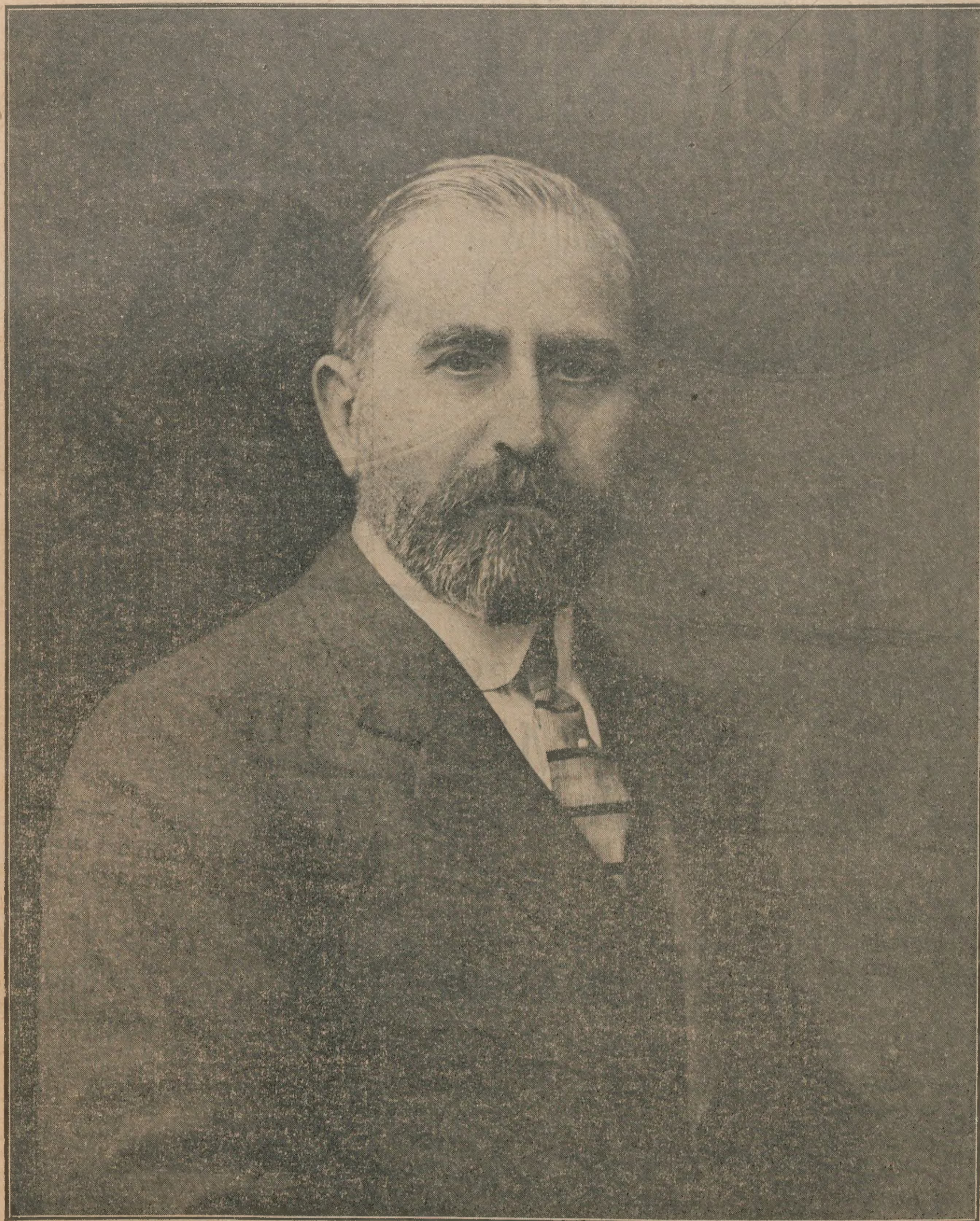
Al cabo de cinco años el extraño animal alcanza su completo desarrollo. Le llega entonces la hora de cambiar de vida: su destino la invita a volver a las regiones marinas de donde ha venido. Y una fresca mañana de otoño la anguila deja su refugio y empieza a descender el río o la corriente de agua dulce en dirección al mar. De camino encuentra otras compañeras y en numeroso grupo entran en el mar y nadan juntas hacia las regiones atlánticas donde han nacido. Una vez llegadas a las profundidades tenebrosas del mar, las hembras ponen sus huevos y mueren; los machos no las sobreviven mucho tiempo.

Una piedra de 1.500 toneladas

Una de las pruebas más interesantes de la maravillosa civilización de los antiguos se encuentra en la gran losa de piedra de Baalbec (Siria). El enorme monolito mide 21 metros de largo, por 5.18 de ancho y 4.27 de grueso. Dícese que es la piedra más grande que se ha sacado de una cantera y se calcula su peso en mil quinientas toneladas. Los arqueólogos suponen que la destinaban los antiguos constructores al Templo del Sol, cuyas ruinas se hallan a poca distancia del sitio que ocupa la piedra. En uno de los muros que aún existen hay enormes sillares de 16.22 metros de largo por 4 de alto, pero lo más curioso es que algunos se hallan colocados a seis metros de altura sobre el nivel del suelo.

Entre los sillares de las construcciones antiguas como el templo citado no se encuentran rastros de cemento. Las piedras están perfectamente labradas y pulimentadas, tanto que cuesta trabajo descubrir las junturas y no es posible introducir por ellas la punta de un cuchillo bien afilado. Cómo se las arreglaban los antiguos para transportar y elevar tan grandes piedras y cómo las labraban constituye un misterio.

El candidato del Partido Demócrata Progresista a Senador Nacional



DOCTOR LISANDRO DE LA TORRE
candidato popular, cuya vasta preparación y excelentes ideas de gobierno, le aseguran el triunfo en los comicios del domingo, porque su nombre es viva garantía de progreso democrático.





LA GRANDIOSA EXPOSICIÓN

BAZAR Y MENAJE

que Gath & Chaves actualmente realiza, es el acontecimiento comercial que más ha logrado interesar a las familias. En efecto, a la inusitada extensión del surtido presentado que indudablemente facilita la elección acertada, hay que agregar lo

EXCEPCIONAL de los PRECIOS

marcados, que, en estos momentos, en que la reposición de la vajilla y del menaje se impone en todos los hogares, vienen muy oportunamente a poner una sensible nota de economía en los domésticos presupuestos.

Gath & Chaves, invita al público en general y especialmente a su distinguida clientela que acaba de regresar a la capital, a que se surta de todo cuanto artículo de bazar y menaje necesite aprovechando los precios de ocasión que en la actualidad rigen.

CASA CENTRAL 4°. Piso

Agencia en Mar del Plata: RAMBLA Nos. 57 y 58.
Unión Telefónica 741, Mar del Plata.

La bandera de los sastres

(Leyenda belga)

Hace mucho tiempo había en Solesmes un sastrecillo llamado Warlemaque, que era más curioso que una mujer. Sentado sobre las piernas cruzadas junto a su ventana, incesantemente estaba con los ojos y los oídos en acecho, sin dejar por eso descansar la aguja.

Por lo demás era muy diestro en su trabajo y de yapa tan ladrón como puede serlo un sastre.

Rara vez Warlemaque había cortado una chaqueta o un pantalón sin echar al cajoncito de los retazos un buen pedazo de paño como para hacerse un chaleco.

Por este medio había reunido la más hermosa colección de chalecos: los tenía blancos, negros, verdes, azules, listados y rameados, como elegantemente los lleva la gente de Vendegies y de Bermerain.

Hacía ya tiempo que Warlemaque robaba así, sin pudor, cuando una noche tuvo un sueño singular. Soñó que estaba delante del tribunal de Dios. Alrededor había un imponente cortejo de ángeles y arcángeles.

De pronto, Warlemaque oyó que lo llamaban y se adelantó temblando.

Un ángel se apartó del grupo, dió varios pasos hacia el medio del recinto y, sin decir una palabra, desplegó una gran bandera de mil colores.

Warlemaque reconoció todos los pedazos de género que había robado y fué presa de tal terror que se despertó sobresaltado.

Al día siguiente refirió su sueño a dos de sus aprendices y les dijo:

—Verdaderamente es tonto condenarse por unos miserables pedazos de género. Cada vez que ustedes me vean echar, al cortar, alguna cosa al cajón de retazos, no dejen de decirme: "Maestro, acuérdese de la bandera".

—Así lo haremos—contestaron los aprendices.

Desde ese día Warlemaque se corrigió de uno de sus defectos. Siguió siendo el sastre más curioso de Solesmes, pero llegó a ser de una probidad tan escrupulosa que sus colegas decían que los perjudicaba enormemente.

Los clientes se sorprendían de que les hiciese los trajes con tan poco género.

—¿Cómo puede ser eso?—le dijo un día su vecina, doña Perpetua.

—Se debe—repuso Warlemaque—a que la gente ha enflaquecido. Es asombroso cómo se enflaquece en Solesmes desde hace algún tiempo. La culpa la tienen los cerveceros que fabrican una cerveza pésima.

Hacía ya tres meses que el sastre no había echado nada al cajón de los retazos, cuando una mañana el Señor de Solesmes lo mandó llamar y le entregó un magnífico corte de brocado de oro para que le hiciera un traje de gala.

Jamás Warlemaque había tenido en sus manos un paño tan rico.

Fuése a su casa con el brocado y lo tendió sobre la mesa de cortar. Cuanto más lo tocaba más ganas tenía de conservar un recuerdo...

Por fin, echó una ojeada a sus aprendices y al verlos distraídos, ¡crac! hizo caer en el cajón una media vara de brocado.

—¡Maestro, acuérdese de la bandera!—gritaron los muchachos que disimuladamente lo habían estado espiando.

—Sí, me acuerdo... me acuerdo—contestó Warlemaque—pero he estado reflexionando y ¿saben una cosa?: en la bandera no había ningún pedazo de brocado.

Desde entonces el sastre volvió a caer en su pecadito, y como suele suceder en esos casos, robaba diez veces más que antes. Y tanto robó, que una noche vió otra vez la bandera de mil colores.

Este sueño lo hizo juicioso por algunos días, después de los cuales siguió aumentando el contenido del cajón de los retazos.

Otra vez, la tercera, tuvo el mismo sueño y le hizo menos efecto: al día siguiente, mientras hurtaba un retazo, el sastre tuvo la audacia de exclamar:—Aquí tenemos algo para la bandera.

Su mala reputación se restableció tan bien que nadie le hubiera encargado ni un par de polainas, y todos cuando le daban paño para hacer un traje, querían que lo cortase delante de ellos.

Es lo que exigió doña Perpetua un día que le trajo unas varas de paño para vestir a su marido de pies a cabeza.

—De cualquier modo, algo me ha de quedar,—pensó el sastre. Y recurrió a una estratagema bastante ingeniosa: cortó una faja de paño y lo tiró por la ventana, exclamando:

—Esto no sirve para nada.

—¡Cómo que no sirve?—gritó indignada doña Perpetua—¡yo lo haré servir!

Y mientras la vieja corría a la calle a recoger el pedazo, el sastre aprovechó la ocasión para hurtar una buena media vara de paño.

Por desgracia, sucedió que en ese momento se rompió un vidrio en la casa de enfrente. Era el zapatero que estaba resolviendo sus asuntos con su señora esposa y, como de costumbre entre ellos, recurrían a las cosas frágiles para explicarse rápidamente.

El curioso Warlemaque levantó la cabeza para enterarse de lo que sucedía, sin dejar de seguir cortando.

Y como para cortar bien hay que mirar bien, las tijeras se le entraron en una arteria tan profundamente que el pobre sastre moría una hora después.

Aunque merecía asarse en el infierno, el sastre se dirigió derechito al paraíso.

Llegó al paraíso una linda tarde en que Dios se había ido a pasear por los jardines del cielo con los ángeles, los apóstoles y los santos.

No quedaba en casa más que San Pedro, y Dios le había recomendado que no recibiera a alma viviente.

Warlemaque llamó despacito.

—¿Quién es?—dijo San Pedro abriendo un postigo.

Warlemaque, un sastre pobre y honrado.

—¡Sí, muy honesto!—continuó San Pedro. ¡Lindas uñas tiene tu honestidad! Con el paño que has robado se podría hacer una alfombra de aquí al infierno.

—¡Oh, señor San Pedro!: ¡por unos míseros pedacitos que se caían de la mesa y que nadie se habría dado el trabajo de levantarlos!



—Bien, poca charla; aquí no es tu lugar. Además Dios me ha prohibido que reciba a nadie durante su ausencia.

—¡Por favor, señor San Pedro! No me obligue a seguir caminando. Los sastres somos tan malos peatones que tengo los pies llenos de ampollas. Ábrame la puerta. Barreré la casa, haré jugar a los niños y de yapa le remendaré la ropa cuando lo necesite.

El portero sintió compasión; abrió la puerta un poquito, mirando para otro lado por no comprometerse, y Warlemaque se deslizó en el paraíso.

—Ponte en ese rincón, detrás de la puerta y quédate quieto y sin respirar para que no te vea Dios cuando vuelva.

El sastre obdeció y se hizo tan chico que habría podido meterse en una cueva de ratón.

Al cabo de una hora, San Pedro necesitó salir un momento. Warlemaque, que ya se sentía incómodo, se levantó de su escondite, abrió una puerta, espió, dió algunos pasos y cada vez con mayor atrevimiento siguió adelante dispuesto a visitar todos los cuartos del paraíso.

Ante todo deseaba saber qué había de cierto en cuanto a su sueño y si existía realmente la bandera de mil colores.

ACUARELA



—¿Una bala le rompió el brazo? ¡Qué horrible!
—Horrible, señora: imagínese que tenía una linda sirena tatuada en el brazo y le han dado el balazo en la cara.

No vió en ninguna parte la bandera acusadora, pero en cambio llegó a una sala redonda, adornada, magníficamente, en la que había gran número de espléndidos asientos con sus escabeles.

En el medio brillaba el trono de oro macizo, cubierto de pedrerías en que se sienta Dios y desde el cual ve todo lo que pasa en la Tierra.

El sastre, deslumbrado, contempló el trono largo rato. Por último, no pudo resistir las ganas de sentarse en él. Inmediatamente vió, de una sola ojeada, todo lo que hacen los hombres en el mundo entero. Jamás gozó un curioso de tanta fiesta... Cuando el sastre se cansó de contemplar en conjunto, se dijo:—"Veamos un poco lo que hacen los amigos de Solesmes". Y dirigió la mirada hacia su pueblo. Ante todo vió sus propias camisas puestas a secar cerca del arroyo donde las vecinas iban a lavar la ropa.

Precisamente doña Perpetua se disponía a recoger su ropa. Y he aquí que de pronto el sastre ve que la vieja desprendía dos de sus mejores camisas, de las propias camisas de Warlemaque, y se las llevaba con las suyas.—¡Ladrona!—gritó Warlemaque, pero como la vieja ni siquiera se daba vuelta, tomó el escabel y se lo tiró a la cabeza, a través del cielo.

En seguida de arrojar el escabel, el sastre comprendió que había cometido una tontería. Como no podía ir a buscarlo, saltó del trono y fué a esconderse otra vez detrás de la puerta.

Era tiempo, pues un instante después se abría la puerta y entraba en el cielo Dios con los ángeles, los apóstoles y los santos. Tanto se había agazapado el pobre sastre, que nadie lo advirtió.

Por desgracia, Dios se dirigió inmediatamente al trono. No halló el escabel e hizo llamar a San Pedro.

—¿Qué se ha hecho mi escabel?

—No sé, Señor—repuso San Pedro.

—¿No has dejado entrar a nadie?

—A nadie, a no ser un sastrecito de Solesmes...

—Que me lo traigan,—ordenó Dios.

El pobre Warlemaque se adelantó, temblando como una hoja.

—¿No has visto mi escabel?

—Sí, Señor Dios—contestó el sastre.

—¿Qué lo has hecho?

—¡Oh, Señor! ¡Qué indignidad!: miré hacia la Tierra y vi a doña Perpetua que me robaba mis camisas, mis propias camisas, y eso me indignó tanto que le tiré el escabel a la cabeza.

—¡Cómo!, pedazo de pícaro, ¡le has tirado mi escabel! Si en vez de enviarte advertencias que para nada servieron, cada vez que tú robabas, hubiese hecho yo lo mismo que tú, hace ya mucho rato que no tendríamos en el cielo ni escabeles, ni tenazas, ni palas, ni escobas. ¡Fuera de aquí!

Carlos DEULIN.

La ruina del puesto

En la quebrada adentro y al pie de la montaña
en medio del agreste paisaje desolado,
sobre un talud que el agua de los torrentes baña,
hay un ranchito en ruinas y un huerto abando-
[nado.

Vése el techo de torta con su alero raído,
junto a la vieja higuera de compasivas hojas,
entre la exuberancia del malezal florido,
los duraznos maduros y las manzanas rojas.

Herrúmbrase el arado del rastrojo a la puerta,
en el patio las lluvias van hundiendo su botín,
y la avispa avinagra los frutos de la huerta,
que podridos y hueros se desprenden al fin.

Ya nadie diligente por la senda trajina.
(El asnillo cargado y el puestero en su jaca).
Y sólo busca a veces la sombra de la ruina
para lamer los dejos de sal, alguna vaca.

Bajo el nogal ubérrimo, de generoso amparo,
los restos de las nueces machacadas están;
y del redil aún quedan las pircas en un claro,
a la vera del monte de cedros y arrayán.

En las piedras viscosas de la quebrada brilla
el agua con oscuros reflejos de charol,
y rozando los berros, de una orilla a otra orilla,
oscilan las libélulas, irisadas de sol.

El eco de las aguas clamoroso y distante,
en ilusoria acústica con sus tumbos despierta,
el colérico aullido del cuzco vigilante,
y del gallo el agudo cocoricó de alerta.

Cuentan que a media noche, cuando el agua
[chispea
al fulgor de la luna, del talar en la umbría,
de una mujer que tunde su ropa en la batea
los golpes compasados retumban todavía.

Y fué en una mañana luminosa como ésta.
Los criollos festejaban alegre carnaval.
Había chicha gorda y aguardiante en la fiesta.
Del cerro con su gente bajaba cada cual.

Apéase la china del caballejo enclenque,
con sus polleras verdes y sus medias carmín,
y los hombres se pechan gritando en el palenque,
en sus jacas cerriles de alborotada crin.

En el oscuro rancho y al toque de la caja,
un coplero improvisa, perdido en un rincón;
y es un meneo parco, y un hablar en voz baja,
como si el baile fuese su santa religión.

Algunos con la cara salpicada de harina,
sollozan y se abrazan jurándose amistad.
En las rodillas flacas de la vieja adivina,
un galán inexperto ronca en la oscuridad.

Un "coya" mosquetero de barbas de chivato,
da el ¡aura! y palmotea, sin cansarse jamás,
y la caja monótona, para "chilena" o "gato",
repiquetea trémula con el mismo compás.

Y fué en una mañana como ésta, alegre y clara.
A un mozo que un "obligo" de chicha no aceptó,
el puestero, borracho, le rebanó la cara,
y fueron a la cárcel herido y heridor.

Y la peste llevóse los hijos y la esposa,
y aunque vino la Pascua y el invierno después,
se olvidó de los reos la justicia morosa,
el asnillo y la jaca se los tragó la ley.

¡Qué tristeza la ruina bajo el sol que la anega,
entre la exuberancia del malezal florido!
¡Qué tristeza la senda por donde nadie llega,
desde que un día llegaron la muerte y el olvido!

Juan Carlos DÁVALOS.

MUSICA DE COMEDOR



Dos viejitos como dos robles que nos evocaran la historia del pasado, son estos dos viejitos que con una regularidad matemática arriban cada veinticuatro horas al restaurant popular donde, por no perder el hábito, acostumbro a cenar, en las noches que las exigencias del oficio me obligan a quedarme en el centro.

Artistas de un arte que ejercen como en los tiempos de los juglares del Lemosin, cultivan la música ligera y bulliciosa de los comedores de tarifa razonable; y como en los tiempos idos, reviven la historia del platillo implorante, que baila entre las manos temblorosas de uno de los viejitos, la danza trágica de la indigencia expuesta a todos los egoísmos humanos.

Yo había sentido que "allí" entre el platillo que implora tembloroso y aquellos dos pedazos de vidas, había algo más que el espíritu de especulación miserable que en general inspira esas vocaciones de arte callejero, y lo había sentido, viendo el gesto noble y altivo del viejito de la bandurria, tipo de infanzón irreductible, en cuya mirada clara están retratados los paisajes de ignoro qué paises de leyenda, y en cuyo rostro digno y expresivo, se refleja como en un cristal, la limpidez de un alma no envejecida ni amoldada a los contrastes; y lo había sospechado además al observar al "otro", al compañero, un su contemporáneo, con gesto de hombre bueno que, por haber vivido mucho, sabe tener para todos los repliegues traidores de la suerte, una sonrisa filosófica de bienvenida.

Una noche que llegué más tarde que de costumbre al restaurant, tuve la ocasión de pulsar a aquellos espíritus afines.

Y supe por el de la bandurria todas las historias de una peregrinación que dura desde hace medio siglo.

Desfilaron en la narración del anciano artista desde el paisaje tropical de las Antillas, con la visión de un sol de oro prendido como por arte de encanto en el azul de un cielo de ensueño, hasta los espectáculos tristemente blancos que en las regiones del oriente de Europa, ofrecen las ciudades rusas, suecas y danesas, vestidas de nieve la mayor parte del año.

Natural de Tarragona, donde naciera en 1851, este don José Rodríguez, vecino de los cinco continentes, empezó por ser algo en la vida, ejerciendo, como otro Gil Blas de Santillana, la profesión aquella que amargó para siempre la vida del rey Midas. Barbero en la niñez, fatalmente había don José de terminar en músico, y Cuba le atrajo con toda la fuerza de lo desconocido. Eran los tiempos buenos —lo dice el narrador—de aquella Cuba española de don Pepe de la Cruz y de don Benito Pérez Galdós. Maceo y Gómez todavía no tenían estatuas en la Habana, y Martí el Grande quizá aún no había conspirado contra la metrópoli dominadora e intransigente.

Don José, poco afecto a la estabilidad una vez conocida la perla antillana, enfiló hacia los Estados Unidos, que recorrió de este a oeste y de norte a sur, haciendo vibrar las sonoras cuerdas de la bandurria. Tampoco fijó en Yanquinlandia su residencia, y luego que hubo cumplido su misión movediza volvió a Europa, para seguir más tarde a Asia, y allí el rastro de su paso inquieto, quedó en el camino de Damasco lo mismo que en las cumbres perfumadas de las montañas del Líbano, donde el cedro miliario puede contar la historia de las seis cruzadas religiosas y las hazañas del viejo de la montaña, aquel Hassan magnífico que inventó las puñaladas al corazón contra los perros cristianos.

Y en Rusia un gran duque—¿por qué nombrar a los muertos?—enamorado de una bailarina que iba en la troupe de este caballero andante y musical, propuso a don José no recuerdo qué señorío en la estepa con muchas vertzas de tierra, e ignoro qué cantidad de vasallos laboriosos. El Volga helado no le fué propicio empero, y en Finlandia la rebelde, este catalán cruza mundos se afilió a tal cual sociedad carbonaria y autonomista, todo lo cual le obligó a salir de entre los grandes duques, como salió Rasputín el profeta de la voluptuosidad, en forma tan apresurada que hasta llegó a olvidarse de la bailarina.

Don José sospecha que los maximalistas habrán liquidado sus cuentas con la gentil y casquivana artista...

Viejo, con más de sesenta años, este hombre que dió una audición para la familia real de Suecia y que sorprendió el sueño tranquilo de un harem interpretando a Bethoven en una noche luminosa allá en Bizancio, llegó hace cuatro años a conquistar a Buenos Aires, donde tuvo, a pesar de todo, la suerte de encontrarse con don Manuel Sánchez, guitarrista de fama en los colmados incipientes de la metrópoli, y por aquel entonces huérfano de todo tocador de canto.

Y el ayuntamiento artístico se produjo. Don Manuel, un tanto hecho a los gustos musicales criollos, instruyó a don José en el misterio de "Mi noche triste" y de otros tangos en boga, y una noche, en el restaurant donde ceno por no perder la costumbre, debutó esta pareja musical con todo el esplendor heroico de una Marsellesa que sonaba a revanchas, hoy felizmente cumplidas...

Desde mi mesa de comensal asiduo observo ese siglo y medio que hace música, y pienso muchas veces si Orfeo no habrá nacido en Tarragona...

Angel M. MÉNDEZ.

DEL "RÉGIMEN" Y DE LA KAUSA



Don Victorino de la Plaza, se encuentra de veraneo en las termas andinas, en tren de oprobioso calafateo. En nuestra fot. aparece el ex presidente empuñando un cayado de parra matusalénica y echando párrafo largo con dos amigos falaces.



El ojo impertérrito de Torterolo Gómez, al despedirse—en Cacheuta—del doctor Carelli. Como se sabe, el ministro del interior pasó en el feudo de Lencinas una temporadita de descanso, lejos del ruido de Buenos Aires y de las miserabilidades de comité.

"FRAY MOCHO' EN MAR DEL PLATA



Durante el baile de máscaras realizado en el Regina Hotel.



A la espera del espumante champagne.

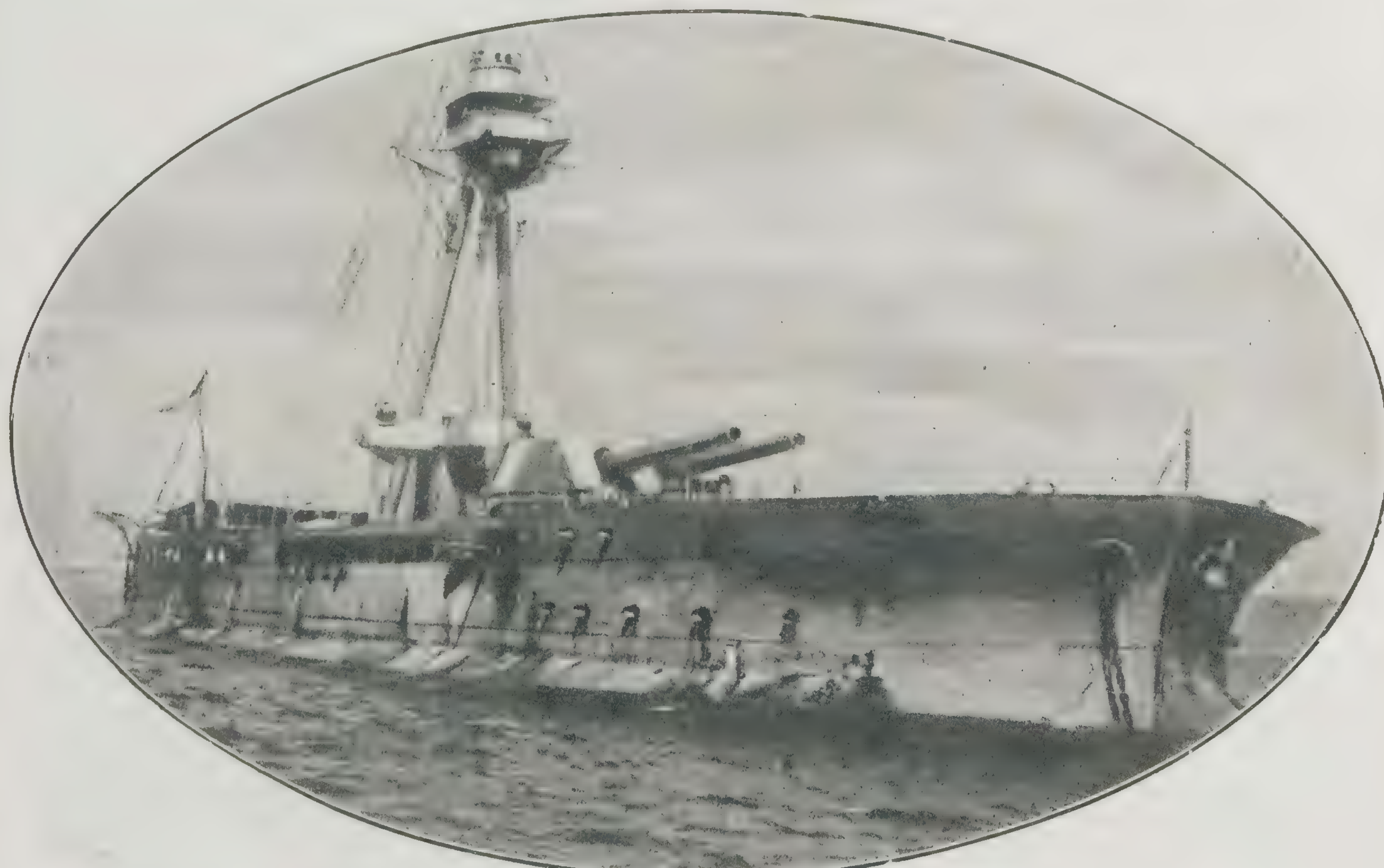


Las nadadoras, señoritas de Hope y de Castro, oyendo la palabra ''¡empate!'', con que los jueces fallaron la carrera de natación, en la que ambas hicieron puesta.



Vista parcial de la concurrencia que asistió al baile del Regina.

ECOS DE LA GUERRA



Primera fotografía del buque ''Abercrombie'', uno de los secretos navales de la Gran Bretaña. No tiene chimenea, en gran parte de su cubierta no aparece superestructura alguna, y debido a la forma totalmente nueva de su casco puede navegar en aguas de poco fondo adonde no llega ningún otro acorazado.

Rosita Catá





Tanto por la atrayente gracia natural de que está dotada, como por las indiscutibles aptitudes artísticas que posee, es Rosita Catá una de las figuras del teatro nacional, en quien mejor justificados se hallan los éxitos que lleva conseguidos en su carrera, y que han logrado labrarle una sólida reputación escénica. Como actriz cómica de gran fuerza intuitiva, difícilmente podrá hallarse otra que le supere, dentro de nuestro naciente arte propio, y puesto que reune en sí todas las características con que se distinguen los temperamentos excepcionales, no creemos aventurado predecir que sus éxitos están descontados de antemano, y que su triunfo artístico habrá de ser seguro y definitivo.



La décima "cuspideación aérea" de nuestro fotógrafo



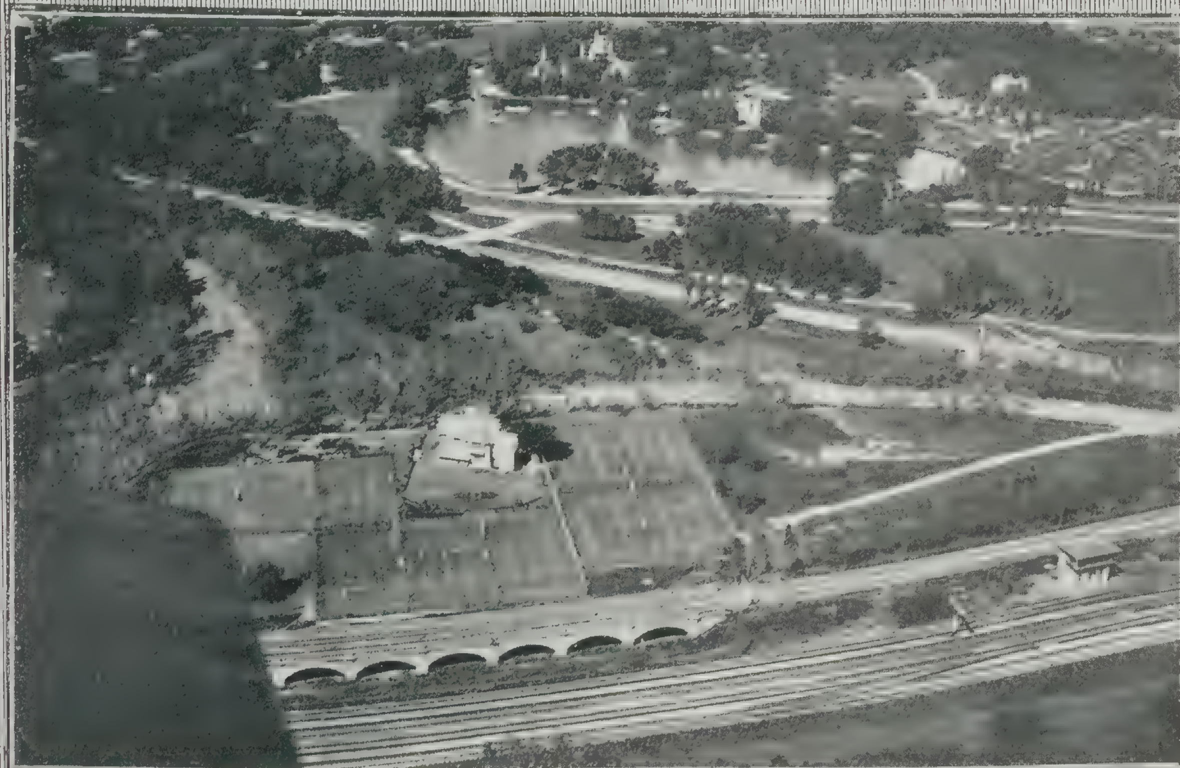
En Palermo, sobre los dominios de Onelli.—En primer término, a la derecha, el ''chateau'' de los osos, la región lacustre, etc.; en el fondo, sírvase usted enfocar el cruce de las avenidas Alvear y Sarmiento, ítem más, el bello monumento de la colectividad española.



El popular maestro de las alturas, Virgilio Mira, y nuestro fotógrafo Alfredo Márquez, momentos antes de ascender al ''plano superior de las abstracciones'', recientemente, en un monoplano Mira, de tres asientos, motor 50 H. P.



Sobre los cuarteles de Maldonado y el corralón municipal Buenos Aires. En segundo término, el oliente arroyo cantado por el poeta lusitano Enrique M. Rúas, el terraplén del F. C. P. y otros detalles que no enumeramos por su mucha extensión. ¿Qué tal, Calvete?...



El Pabellón de Los Lagos, el rosedal, las canchas del Lawn Tennis Club Argentino, el viaducto del F. C. P. y la cuádruple vía electrizada del Ferrocarril Central Argentino, a la altura del cabin núm. 2, donde se bifurcan la vía Victoria y la ídem San Martín.

Fot. Márquez.

Ya es una ''realidad tangible'' la existencia del ''soviet'' de FRAY MOCHO. Ya talla, ya orienta, ya opera, ya cuspidea. No nos hemos dormido sobre los laureles —para el estofado—del acta magna de nuestra constitución. ¡No, ciudadanos! Dispuestos a realizar ''obra ejemplar'' nos hemos lanzado de lleno y de relleno a la lucha. Y no fué, ¡señores!, una vulgar ''conjuración siniestra'' la que recientemente originó la ascensión de nuestro ''denodado'' camarada Alfredo Márquez (hijo del valle de Lanús, F. C. S.) al ''plano superior de las abstracciones''. Trabajamos a la luz meridiana. Si no nos es dado vivir en casa de cristal de Bohemia, por lo menos nos damos vuelta bajo la campana de vidrio de una sandwichera. Bueno. Acortemos el prologuete. ¿Con qué objeto se elevó nuestro fotógrafo? Hagamos crónica comprimida.

Era una mañana ''deliciosamente diáfana e imperturbable''. (Jota Jota Frugoni, Opus 48, cap. VI, párrafo cuarto). De pronto, Márquez rasgó el silencio que imperaba en la comunidad del soviet periodístico. Y nos dijo, cual un tórtolo:

—¡Muchachos: tengo viaje! El maestro Mira me lleva de operador fotográfico en su monoplano. Si ustedes no se oponen, previa venia de la hermandad, realizo mi décima cuspideación aérea. ¡Para hoy!

Y fué entonces que le retrucó el ''correligionario'' encargado de las llaves de la Santa Bárbara del ''soviet'' (magnesio, algodón pólvora y otras minucias):

—¡Sea! Ha llegado el momento de que culmines sobre tantas ''patéticas miserabilidades''. Aquí, en la tierra, la vida se nos hace imposible. ¡A 0.90 el kilo de pescado de nalga! Elévate, hermano, y si es posible, mucho te agradeceremos quieras localizar los nidos de acaparadores de artículos de primera necesidad.

De la cosecha realizada en la región sideral, testimonian las fotografías que adornan esta doble página. Ya es una ''realidad tangible'' la existencia del ''soviet'' de FRAY MOCHO. Ya talla, ya orienta, ya opera, ya cuspidea.



Sobre la zona de las fijas, los tongos, las papas y los acomodos.—A la derecha, la tribuna de los profesionales con el invernáculo de los periodistas, la tribuna oficial y la tribuna del paddock. Nota: una de las alas del monoplano Mira impidió que la ''perrera'' y la tribuna de los ''crónicos'', aparecieran en danza.

VÍSPERAS ELECTORALES.—EN EL TEATRO VICTORIA



Los señores doctor Lisandro de la Torre, Mariano Villar Sáenz Peña, doctor Ricardo Bello, doctor Enrique Loncan y otros ases del partido demócrata progresista, ocupando el escenario del teatro Victoria, durante la asamblea cívica realizada en dicho coliseo el martes de la semana anterior, por iniciativa del comité nacional de la juventud, con el objeto de proclamar la adhesión del mencionado comité a la candidatura del doctor de la Torre para senador por la capital



Vista parcial de la enorme concurrencia que asistió al acto, en el cual hicieron uso de la palabra los señores Mariano Villar Sáenz Peña, presidente del comité nacional de la juventud, doctor Francisco Uriburu, señor Antelo y los doctores Antonio F. Piñero y Enrique Loncan, quienes fueron entusiastamente aplaudidos.

EN EL TEATRO SAN MARTÍN.—PROPAGANDA RADICAL



El doctor Vicente C. Gallo, pronunciando su discurso en la reunión política organizada por el comité radical correntino, en esta capital, y realizada el día 11 del corriente, en el teatro San Martín, como acto de adhesión a los señores Blanco y Madariaga, designados por el partido radical como candidatos a gobernador y vicegobernador, respectivamente, de la provincia de Corrientes

EN LA PLAZA HERRERA.—LOS SOCIALISTAS DE LA 3ª.



Parte de los concurrentes que asistieron a la conferencia organizada por el centro socialista de la sección tercera, y llevada a efecto en la plaza Herrera el miércoles de la semana anterior. Hicieron uso de la palabra los señores Alejandro Castiñeyras, M. F. Osés y concejal Ricardo Sáenz Hayes, en medio de un ambiente de gran optimismo, pues, a juzgar por el resultado obtenido en las elecciones comunales, el partido socialista cree tener asegurado el triunfo en esta zona, en los comicios del domingo.

ECOS DEL PRIMER MITIN DE CONCENTRACIÓN OFICIALISTA



Una elocuente manifestación de aprecio hacia nuestro batallador colega "La Mañana", por su sostenida campaña contra el apostolado germanófilo.



Algunos de los componentes que formaron en las filas regeneradoras, dirigiéndose a la plaza del Congreso para escuchar la palabra de sus prelados.

PIC NIC DE CONFRATERNIDAD





Grupos de asistentes a la fiesta de confraternidad ítalo-argentina organizada por el Comité Italiano de Guerra, de la sección 21 y el Club Social de San Bernardo y efectuada el domingo 28 de febrero último, en la playa de Olivos. Al paseo, que se realizó con el mayor entusiasmo, concurrieron las familias de Maciel, Laborde, Gaddi, Monti, Galud, Di Bernardo, Rampoldi, Balarino, Lombardi, Alippi y otros.



De Cacheuta



Señorita Cristina Cobo, a la puerta de la capilla de las Termas.



La niña Josefina Ezcurra, en pose de intrépida amazona.



Otra Josefina, la señorita Josefina Cowan.



Salida de misa dominical, de la capilla de las Termas. En primer término: señora y señorita de Moliné.



Familia de Bompet y señora de Weil.

El emir Emin Arslan y el doctor Julio Iribarne, pasean y charlan.



Veraneantes contemplativos del paisaje agreste.





Cabalgata a kilómetro 32. Los excursionistas saliendo del primer túnel del Trasandino.

Juan Hallt

Juan Hallt era un inventor; uno de esos tantos inventores que pululan por el mundo con el cerebro lleno de ilusiones y el alma templada al calor de esa fe inquebrantable que hizo descubrir a Colón el nuevo mundo y a Galileo el movimiento giratorio de la tierra. Su vida había sido accidentada. Con escasos conocimientos de química y mecánica, rodó en su juventud por laboratorios y talleres, llegando con el transcurso del tiempo, a adquirir una preparación vasta en tales ramas de la ciencia. Fué entonces cuando quiso destacarse; pero necesitaba el Mecenas, el hombre adinerado que, haciéndose intérprete del bagaje inmenso de sus teorías, abriese la bolsa y dijera: "Juan Hallt, tú eres un sabio: anda, investiga, muévete, inventa, revoluciona el mundo, y aquí tienes el dinero necesario para ello". Mas a este personaje de leyenda no lo encontró. En vano anduvo de una en otra parte y explicó su pensamiento. Todos lo atendían, parecían interesarse por el negocio que tal o cual instrumento o preparación podía reportar. Le decían: "Vuelva mañana. Me gusta su proyecto y algo hemos de hablar". Y Juan volvía al día siguiente, henchido de esperanzas. Hablaba nuevamente de sus descubrimientos, se emocionaba ante la perspectiva de que su nombre, como el de Fernando de Lesseps, ocupara un sitio en el paraninfo de la inmortalidad; pero como no era muy elocuente, y el entusiasmo, al pensar en el éxito futuro de sus empresas, ahogaba sus frases, se embrollaba, a veces, se contradecía, otras, y acababa por confundirse y no saber lo que decía.

—Muy bien—contestaba el presunto hombre de negocios.—Pase por aquí, dentro de cuatro o cinco días, porque necesito hablar del asunto con Fulano, que es el que dispone del dinero para esto, aunque me parece que no se va a hacer nada por el momento. Sin embargo, yo me voy a interesar y, quizás mi cliente cambie de opinión.

—Bien — argumentaba Hallt. — Yo confío en usted, que es hombre de corazón y me ha entendido, para que llevemos a la práctica el invento A, de inmediata realización, aunque no debemos descuidar el B y el C, que también son de gran importancia.

—Perfectamente, señor Hallt. No deje de venir el sábado y conversaremos.

Y Juan, entre contento y descorazonado, se marchaba. Una vez en la calle, pensaba si iría a pie o en tranvía. Vivía muy distante del centro, en el bolsillo no tenía un centavo, en su casa no había qué comer, su esposa lo esperaría con una piedra en cada mano, fundando la razón de su actitud en que no trabajaba y perdía el tiempo en divagaciones inútiles, toda vez que de ellas no sacaba ningún provecho, y ante el peso de estas reflexiones, el inventor, con la ingenuidad de un niño, giraba sobre sus talones y subía las escaleras por donde un momento antes había bajado.

—¿Está don César?—preguntaba al empleado.

—Sí, está—le contestaba éste, mientras maliciosamente le guiñaba el ojo derecho señalando una sombrilla de mujer que, por descuido, había quedado sobre el sofá.

—Comprendo—decía Juan Hallt,—pero lo que tengo que decirle es urgente. Dos palabras nada más.

—¡Pero, señor! ¿No se da cuenta que en este momento no es posible molestarlo? Está ocupado.

—Muy bien; esperaré.

Y el hombre, con su cara bondadosa y sonriente, esperaba. Cuando podía pasar al gabinete de trabajo del hombre de negocios, se acercaba a su futuro protector con las mejillas encendidas, y le pedía cinco pesos. No tenía dinero—decíale,—después... cuando se hiciera el negocio, se los devolvería. Pero el otro le contestaba que no tenía, que no podía, que lo acosaban a pedidos constantemente, al mismo tiempo que recorría el escritorio a grandes pasos, se llevaba las manos a la cabeza y hacía gestos como para demostrar que aquella vida de continuos pechazos no era posible. Pero Juan Hallt debía estar acostumbrado a ver tales escenas y, sin inmutarse, le decía:—Bueno, señor, si no puede prestarme cinco pesos, présteme uno, o cincuenta centavos para irme a mi casa.—Entonces, ante esa petición tan exigua, don César echaba mano al bolsillo y entregaba la cantidad solicitada. Juan daba las gracias y se marchaba, mientras aquél se quedaba comentando con los amigos del escritorio contiguo el caso del inventor.—Es un sinvergüenza—decía.—Todos estos tipos vienen con el cuento del invento para pecharlo a uno. Además es un loco, no dice más que disparates, es un estúpido.—Y, volviéndose al empleado, le ordenaba que cuando fuera otra vez, le dijera que no estaba.

Juan, de acuerdo con lo convenido, volvía el sábado.

—El señor no está—decía el empleado.

—Pero—argüía Juan—don César me ha citado para hoy.

—Es inútil que lo espere; hoy el señor no viene al escritorio. Acaba de decirlo por teléfono.

Entonces Juan volvía el lunes, el martes, el miércoles... Por fin lograba ver a don César, y éste se excusaba. El otro, su cliente, no quería hacer el negocio. El no estaba en condiciones de acometer empresas... Otra vez... quizás, harían algo; pero por el momento no era posible. Juan volvía a pedir un préstamo y salía casi satisfecho, convencido de que, al fin, encontraría al hombre que necesitaba. Y emprendía una nueva campaña con iguales resultados.

Así anduvo vagando varios años, de una en otra casa, siempre con iguales resultados; pero cuando parecía que por fuerza de las circunstancias ocuparía el lugar correspondiente a los fracasados en la gran legión que de ellos existe en el mundo; su espíritu se animó de nuevas luces y una especie de reacción psicológica se operó en él. Pensó, entonces, en el tiempo que tan lastimosamente había perdido, diluyendo sus energías en busca del émulo de aquel romano que, ejerciendo su influencia con Augusto, haría dispensar toda clase de protecciones a Virgilio. Y se dijo para sí:

—Ya que los Mecenas no existen; ya que el materialismo histórico fracasa por esta vez, en la aplicación de mis conocimientos industriales, por la ausencia del hombre que me proporcione un puñado de dinero, voy a intentar el supremo esfuerzo, para que triunfe el ideal que me anima: voy a dirigirme al gobierno de la nación para proponerle el invento de un aeroplano, cuya estabilidad en el aire sea tal, que ni las balas podrán romper su equilibrio.

Y, resueltamente, se dirigió a la casa de gobierno con la esperanza de poder hablar con el presidente, explicarle las bases en que se apoyaba para hacer efectiva su afirmación y ponerse a trabajar inmediatamente en el gran aparato que haría célebre su nombre. El no tenía grandes aspiraciones; quería vivir, únicamente, y trabajar por amor a la ciencia. Y con el entusiasmo de un adolescente, vestido lo mejor que pudo, se plantó en la Casa Rosada. Una vez allí comenzó a averiguar dónde estaba el despacho presidencial, hasta que pudo establecer su ubicación. Logrado esto, Juan Hallt, con la candidez característica de estos hombres que nunca se han preocupado del protocolo, echó mano al picaporte e iba a entrar en el pequeño vestíbulo que lo separaba del salón en que su excelencia firmaba los expedientes, cuando un portero, vestido con toda la farolería que el cargo le imponía, se interpuso:

—¿A quién busca, señor?

—Deseo hablar con el presidente—dijo Juan con tono tranquilo.

—A su excelencia, el presidente de la república, no es posible verlo sin tener una audiencia especialmente concedida por él—contestó el lacayo.

—Es que yo necesito verlo—arguyó Hallt.—Tengo un proyecto que ha de producir una verdadera revolución en la aeronáutica y es urgente que lo vea.

—Imposible, señor. Véalo antes al secretario, y él, quizás, podrá orientarlo.

—Bien, lo veré al secretario. ¿Dónde está?

—Pregúntele a aquel ordenanza que está allí, enfrente, y él le informará al respecto—indicó el portero.

Juan obedeció:

—Deseo hablar con el secretario—díjole al otro guardián.

—El secretario recibe los martes y los viernes—contestó éste.

—Pero... es que se trata de un asunto de interés patriótico. Necesito ver con toda urgencia al secretario para que él, a su vez, me proporcione una entrevista con el presidente. Tenga la bondad de anunciarme.

—No puedo anunciarlo. Esa es la orden que tenemos. Véngase el martes o viernes, de una a tres de la tarde, y hablará con él.

Juan, ante esta enérgica resolución, no insistió más. Con la cabeza gacha, el ceño adusto, bajó las escaleras del palacio, franqueó la calle y comenzó a pasearse maquinalmente por la plaza de Mayo. Frente a la pirámide se paró; miró la estatua de la libertad con un gesto de cansancio y, después, girando sobre sus talones, exclamó:

—¡Qué símbolo más hermoso! ¡La libertad, la libertad! Eso es muy bonito, pero yo no he visto al presidente y, mientras tanto, seguiré muriéndome de necesidad. No obstante, volveré.

Y, con paso firme, se marchó.

El viernes, Hallt se presentó ante el ordenanza del secretario. Cien personas esperaban al empleado más cercano del primer magistrado. Señoras, jóvenes, viejos; sentados unos, parados otros, nerviosos los más, oprimiendo, la mayoría, entre sus manos, la tarjeta de recomendación, esperaban ansiosos la anhelada entrevista.

—Quiero ver al secretario—le dijo.

—Todavía no ha llegado, señor—contestó éste.

—¿Demorará mucho?

—No sabría decirle. Si quiere, puede esperarlo.

—Esperaré.

Y el inventor, con la resignación de un santo, se sentó y esperó.

Transcurrió media hora, después una. La gente comenzaba a inquietarse, se informaba, inquiría detalles sobre la tardanza, hablaba en voz baja y algunos murmuraban.

—Hace un mes que vengo aquí y no puedo verlo a este señor—decía un hombrecillo bajo y regordete con cara de agente electoral.—Estos sólo se acuerdan de uno cuando lo necesitan para votar.

—Este señor se queja de que hace un mes que viene por aquí—decíale una señorita a su compañera,—cuando yo hace seis meses que hago lo mismo y no consigo que le pasen esta carta del doctor Jiménez.

—El señor secretario anuncia que no vendrá hoy a la casa de gobierno—anunció de pronto el negro.

La gente se arremolinó, preguntó de nuevo y, por fin, comenzó a retirarse con vivas muestras de desagrado. Aquello era una vergüenza—decían,—era un mal hombre; prometía, no cumplía y engañaba a todo el mundo. Los hacía ir mil veces, no los recibía, pretextaba cualquier cosa hasta cansarlos y, por fin, los despachaba por intermedio del portero.

Juan, ante la convicción de que aquel día tampoco vería al secretario, se quedó estupefacto y se marchó. Volvió el martes y después el viernes y el martes siguiente otra vez. Y así, de martes a viernes, transcurrieron dos meses, al cabo de los cuales, un buen día, pudo verlo.

El secretario, en rueda de amigos, estaba de buen humor. El negro lo anunció a Hallt, y uno de los tertulianos, al oír el nombre, le dijo al doctor Vega de la Hernia:

—Recibilo, che; Hallt es un rico tipo. Nos vamos a reír un rato.

Y el inventor, debido a esa circunstancia picaresca, fué introducido.

—Señor... me llamo Juan Hallt. Soy hombre de ciencia...

—¡Ah, sí! Usted es un hombre muy conocido.

—Su amabilidad me confunde, pero me alegra. Acabo de inventar un aparato de gran estabilidad para los aeroplanos, los cuales, además, llevarán un malla flotante que protegerá a los aeroplanos contra las balas, de igual manera que la red que actualmente protege a los buques de guerra contra los torpedos. Se trata de una cosa muy sencilla, pero eficaz, que estoy dispuesto a probar prácticamente. Sólo necesito que el gobierno me preste la cooperación necesaria para realizar los ensayos. Es la única ayuda a que aspiro para llevar a cabo mi proyecto. Y Juan Hallt, entre la ironía, risas y chascarrillos de los presentes, seguía exponiendo sin percatarse de sus burlas. Era sincero en sus ideas; no era malo y, por consiguiente, no creía en la maldad de los otros. Había inventado una cosa que creía útil y buscaba el apoyo de los únicos que podían prestárselo; y por su imaginación, como había ocurrido en toda su vida, ni una sombra de sospecha se delineaba acerca del temperamento característico de la mayoría de nuestros poderosos y de la sangrienta ironía de que en aquel momento era objeto.

—Está bien, muy bien — respondían aquellos mimados de la fortuna. — Usted llegará a ser un gran hombre: usted triunfará. Lo hemos de ayudar: cuente con

(Continúa después de la página infantil)

GALANTERIA CONYUGAL



Ella.—Pero, ¿qué te pasa, que siempre que me pongo a cantar te vas al balcón? ¿Es que te molesto?

El.—No, mujer; es sencillamente que no quiero que los vecinos digan que te estoy dando una paliza.

GUILLERMO EN HOLANDA

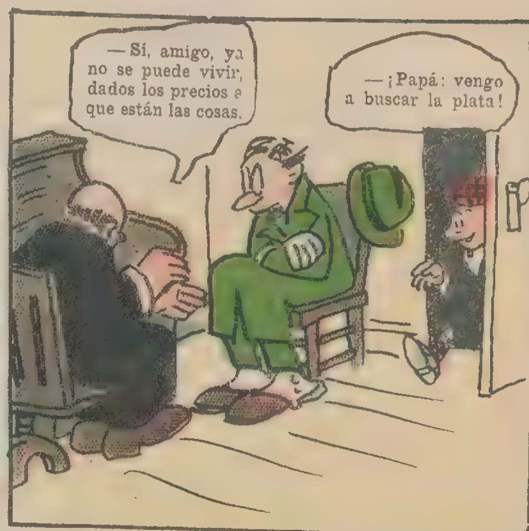


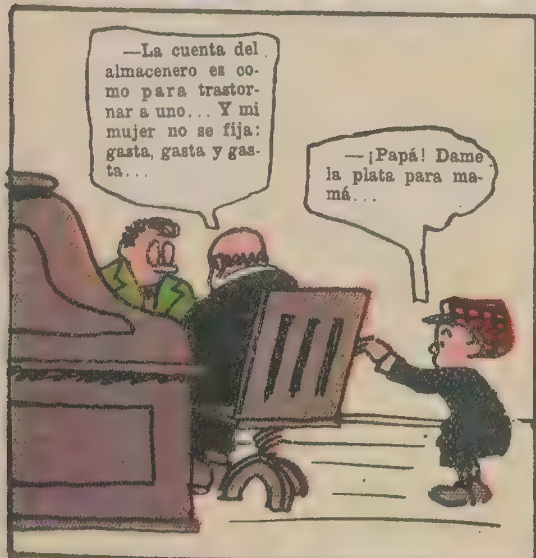
Las únicas municiones que me quedan

PÁGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí











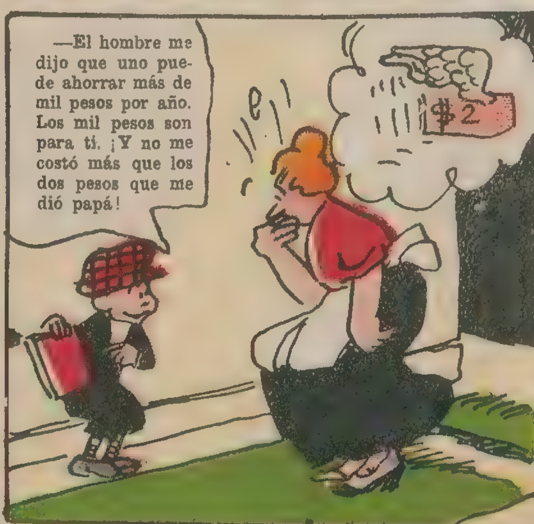


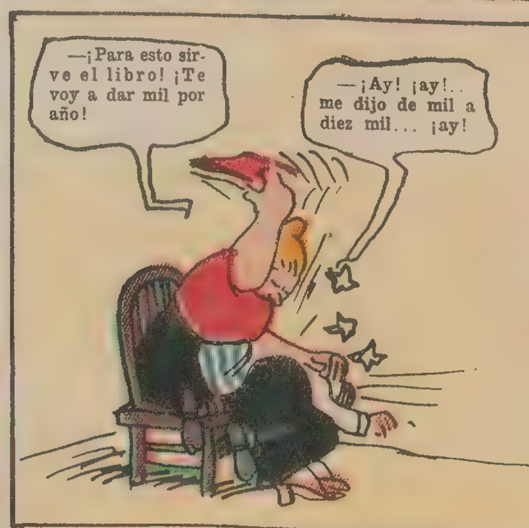












(Continuación de JUAN HALLT)

nosotros. Venga en la próxima semana y quizás podamos decirle algo definitivo.

—Está bien, señores, volveré; pero yo deseaba que ésta se resuelva lo antes posible, porque mis recursos no me permiten hacer una larga espera.

Y el buen hombre, confiando siempre en que al fin encontraría un protector, salió de allí con la tranquilidad de siempre. Volvió a la semana siguiente y varias semanas más, y nunca pudo ver al presidente ni a nadie que lo atendiese en serio. Por fin, un día, uno de los empleados que pululaban por la casa de gobierno, condolido, tal vez, de la desgracia del pobre diablo, le aconsejó que se dirigiera por nota al ministerio de guerra y expusiera lo que creyera conveniente en beneficio de su proyecto. El mismo se brindó a dirigirlo en sus gestiones, y cuatro meses después de haber intentado por primera vez solucionar su situación y proporcionar, al mismo tiempo, una poderosa arma a la nación, conferenciando con el presidente, presentaba una solicitud en que precisaba sus ideas y pedía una audiencia para ampliarlas.

El petitorio, siguiendo las prácticas establecidas, siguió su curso de oficina en oficina, pasó a la comisión técnica y allí quedó encarpetado para siempre. En vano Hallt iba y venía, presentaba nuevos escritos e intentaba ver a los jefes o personas entendidas en el asunto. Pero todo era inútil, y Hallt moríase de miseria y de desesperación.

Así anduvo vagando un año más. De pronto no se le vió en la ciudad. Había desaparecido de Buenos Aires, cansado de tanta lucha estéril. Su espíritu, que nunca había sentido sacudidas violentas, hizo crisis en un estallido de indignación y, sin más trámites, como hombre que había resuelto en su interior un terrible problema, se enganchó de peón en un buque que hacía la carrera a la América del Norte y se instaló en la capital de aquel país estupendo y raro, magnífico y sencillo.

Tres meses después, publicábase en todos los diarios del mundo la siguiente noticia:

"Juan Hallt, argentino, hijo de ingleses, acaba de realizar los últimos ensayos de un aeroplano, cuya estabilidad es prodigiosa. Ni las balas de los cañones antiaéreos que se dispararon contra él lograron desviarlo ni producirle avería alguna. Ante tan espléndido resultado, el gobierno ha ordenado la construcción inmediata de cien aparatos. El país de su nacimiento puede sentirse orgulloso de tener un hijo tan esclarecido, pues Hallt no solamente es un ingeniero notable, sino un químico eminente. El gobierno de Wáshington en breve lo nombrará director de la Escuela industrial aeronáutica como premio de su invento y, además, le asignará una renta de cincuenta mil dólares anuales, que se le abonarán de las entradas generales del Estado."

¿Cómo había ocurrido ese fenómeno? —se preguntaba la gente.—El loco, el pechador, el atorrante, convertido en una celebridad? ¿Era esto posible? En efecto, lo era. Llegado que hubo a los Estados Unidos, se había presentado al ministerio de la guerra. Un oficial lo atendió con el interés propio que caracteriza a esa raza extraordinaria, sin burlarse de él, poniendo atención en los menores detalles del asunto y, como le interesara, lo citó para el día siguiente. Hallt acudió. El mismo oficial se lo presentó a otro de mayor jerarquía, quien vestía modestamente, sin entorchados, ni galones, ni nada de todas esas chafalonías que adornan los trajes de nuestros militares. Apenas llevaba unas tirillas azules sobre el uniforme color kaki, como distintivo. Nada más. Parecía, en suma, uno de nuestros más simples soldados. Los tres hombres conversaron cerca de tres horas; después el jefe llenó unas planillas, suscribió una orden y, al día siguiente, Hallt entraba en un taller mecánico del departamento de guerra. Varios obreros se pusieron a las órdenes del inventor, y al mes comenzaron las pruebas en privado. Se hicieron las correcciones necesarias, se perfeccionaron los diversos mecanismos del aparato, y a los tres meses se hacían en público los ensayos definitivos.

Los expedientes, los trámites inútiles, engorrosos y largos que dificultan y entorpecen todo el engranaje administrativo de los países latinos, se habían suprimido. La exposición verbal, rápida y sin trabas, ejecutada en pocas horas, había servido más y había dado más resultado que un año de labor burocrática en oficinas y comisiones de nuestras reparticiones nacionales.

Eso es lo que había ocurrido; y Juan Hallt, mediante esa seriedad americana, había triunfado lejos de su tierra, lejos de su patria, donde lo habían vejado y ultrajado con sonrisas picarescas y frases burlonas, sin parar mientes en su talento y sin dar importancia a sus locuras.

Enrique **NAPOLITANO**.

El prometido heroico

—¿Has oído tú lo que murmuran de í?—pregunta una muchacha a su prometido.—Dicen que te casas conmigo por l dinero.

—¡Qué miserables! ¡Eso no se puede olerar! ¡Dime quiénes lo dicen y les ruzaré la cara! ¡Les...!

—Eso sería un escándalo. Hablarían el caso los periódicos, y entonces no odrías casarte conmigo de ninguna manera.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Es muy sencillo. Renunciaré a mi dote en favor de mis hermanas, y haremos que se entere todo el mundo. Así nadie podrá lanzar tan terrible acusación contra ti.

El novio se yergue con altivez. La energía de su carácter ha conquistado una gran victoria.

—¡No te preocupes tú, alma mía! ¡Tu prometido desprecia a los calumniadores!

OPINION AUTORIZADA



—Créanme, amigos... entiendo algo en el asunto... la Conferencia de la Paz no puede durar mucho... Mi última gran conferencia sobre el amor, que es también una cuestión complicada, duró solo tres horas...

LA CARESTIA DE LA NAFTA



Si el precio de la nafta y las patentes hacen imposible para muchos el uso del automóvil, ¿deberán renunciar a los placeres del auto? No: he aquí algunos sustitutos: Aparato inmóvil que proporciona la sensación de ir en automóvil en una calle de gran tráfico. Un agente, de madera, ordena parar.



Aparato para ir en automóvil a gran velocidad, por un ameno paisaje. Puede ser instalado en el vestíbulo.



... del automóvil que tiene el mérito de caminar.

¿SE DEBE DESTRUIR A LOS TOPOS?

La cuestión se ha discutido muchas veces. El cazador de topos contesta que sí, sin titubear. Los jardineros, a pesar de que suelen quejarse de los túneles subterráneos que hacen los topos, titubean algo. Indudablemente el topo remueve el suelo y hace a veces perecer a las plantas, pero en cambio devora muchos insectos, casi la mitad de su peso todos los días, y hace una guerra tan encarnizada a los saltamontes, que cuesta trabajo responder afirmativamente a la pregunta.

¿Qué conviene hacer? Esto depende del caso. Tratándose de jardines hay que temer la presencia del animalejo, pero en los campos es diferente. Generalmente se le deja en paz y hasta hay agricultores que declaran que en sus fincas no se matan nunca los topos.

En una región francesa es obligatoria la caza del topo desde el año 1732, pero los agricultores han comprobado que es peor el remedio que la enfermedad, y algunos han pedido que se les exima de la obligación, demostrando con informes de personas peritas que sus prados y sus huertos, lejos de sufrir con la presencia de los topos, son más fértiles que los terrenos donde han sido exterminados dichos animales.

De lo expuesto se saca en conclusión que debe expulsarse el topo de los jardines de recreo, porque los desfigura; pero debe dejársele tranquilo en los campos, donde puede hacer muy poco daño y en cambio ser muy beneficioso devorando las larvas de los insectos.

LOS ESPACIOS INTERESTELARES

Basándose en el estudio de los cometas afirma un astrónomo yanqui que el espacio interestelar no está vacío en absoluto, sino ocupado parcialmente por partículas de materia más o menos pequeñas e invisibles.

Funda su teoría en el hecho de que en el vacío caen todos los cuerpos con velocidad uniforme, mientras que al aire libre los cuerpos más ligeros sufren un retraso por la fricción y caen más lentamente. Según esto, si el espacio interestelar estuviera vacío, todas las estrellas, los cometas y los planetas conservarían la misma velocidad e igual posición relativa. No existiendo el vacío absoluto, los cuerpos celestiales más ligeros, tales como los cometas, tenderían a retrasarse por la fricción y caerían detrás de los cuerpos mayores y más densos, retraso que se observa principalmente en la parte de la órbita del cometa más distante del sol, donde tiende a cambiar su movimiento y a adquirir una dirección individual.

La hipótesis del astrónomo parece confirmada por sus observaciones.

PUCHITOS

El número 13 tuvo mucho que ver en la vida de Ricardo Wagner. Su nombre en alemán, en inglés, en francés y en castellano comprende trece letras; nació en 1813 y sumando los números de este año se obtiene por resultado el número trece. Compuso trece grandes obras. "Tanhäuser" fué terminado el 13 de abril de 1845; la representaron en París el 13 de marzo de 1861. Wagner dejó a Bayreuth el 13 de setiembre de 1861. Murió el 13 de febrero de 1883.

La Liga de las Naciones tiene ya una bandera, si se considera como tal a la de dos fajas blancas y una azul que flota al tope de los buques de propiedad común de las naciones aliadas y si, como se cree, serán estas naciones las que en los primeros tiempos constituirán la Liga. ¿Tendrá también su himno? Evidentemente no podría servir para este papel ninguno de los himnos nacionales actuales, pues todos ellos están impregnados de sentimientos nacionalistas y más o menos belicosos. Se ha hablado a este respecto de una canción del poeta francés Béranger, autor de numerosas canciones populares, escrita hace cien años, cuya primer estrofa dice: "Vi a la Paz descender a la Tierra, sembrando el oro de las flores y de las espigas. Suave y tranquilo era el aire. Ahogaba élla los rayos del dios de la guerra. ¡Ah—decía —iguales por la bravura, francés inglés, belga, ruso o alemán, formad, Pueblos, una alianza santa. Y daos la mano, daos la mano, daos la mano..."

Las plantas se ponen a cubierto de los ataques de las lombrices de tierra, que tanto daño las hacen, abriendo con un palo un pequeño surco en torno de ellas y echando en él un poco de sal o de cal.

Con tan sencillo procedimiento se destruyen las lombrices sin dañar a las plantas.

En tiempo de las guerras napoleónicas un inventor inglés propuso un procedimiento para fabricar papel de aserrín de madera. Sea porque el procedimiento no daba resultados suficientemente satisfactorios o porque era más económico el empleo de otras materias primas, el invento cayó en olvido y se quedó sin explotar en grande escala; pero como la guerra actual ha hecho revivir multitud de cosas que creíamos muertas para siempre, desde el fuego griego y las torres de asalto, hasta las catapultas, el papel de aserrín no podía quedarse atrás. El antiguo procedimiento ha sido resucitado y reformado, y ya existe en Inglaterra una fábrica de papel de aserrín, controlada por el gobierno, que produce doscientas toneladas por semana. No es mucho todavía, considerada la escasez del artículo y la dificultad de obtener las pulpas de madera que principalmente se usan en su fabricación, pero principio quieren las cosas.

El general brigadier William A. Harte que dirige los preparativos de la comisión de paz americana, anunció recientemente que necesita traductores de 24 idiomas para trabajar en la conferencia.

La lista completa de dichos idiomas comprende el inglés, italiano, español, griego, japonés, montenegrino, noruego, búlgaro, alemán, húngaro, turco, chino, portugués, polaco, sueco, persa, ruso, serbio, armenio, checo, rumano, danés y árabe.

El número de empleados requerido para los trabajos de paz, incluyendo todas las nacionalidades, será de 3.000 a 5.000. Cada uno de ellos tendrá que desempeñar algún trabajo especial.

En cierta región de Australia se crían unas aves muy curiosas, a las cuales los naturalistas de Queenslandia llaman "los doce apóstoles", porque se reunen en número de doce, sin darse jamás el caso de ver ni más ni menos que la docena. La causa de esto, hoy por hoy, se desconoce. Sólo se ha podido observar que anidan cada docena en el mismo árbol y que viven juntas.

Estímase aproximadamente el costo de la guerra según las cifras siguientes: Reino Unido, 52.000.000.000 dólares; Francia, 32.000.000.000 dólares; Alemania, 39.000.000.000 dólares; Estados Unidos, 20.543.471.000 dólares; Rusia, 30.000.000.000 dólares; Italia, 12.000 millones dólares; Austria-Hungría, 20.000.000.000 dólares; Bulgaria y Turquía, 5.000.000.000 dólares; otros beligerantes, 10.000.000.000 dólares.

En Arabia existe una extensión de terreno inexplorado que tiene casi cinco veces el tamaño de la Gran Bretaña, en tanto que casi una cuarta parte de Australia jamás ha sido visitada por hombres civilizados.

HORQUILLANDO



El oficial (sarcásticamente).—¿De manera que ha hecho blanco en el agua?
El marinero (con modestia).—Sí, señor; pero el día está tranquilo y el agua no se mueve mucho.

VIDA SOCIAL



—¿Qué harán ahora en la paz todos esos muchachos acostumbrados a la guerra?
—Supongo que volverán a su país y se casarán.

ANDANZAS

(Cuento español)

Moscoso hubo de consumir con singular apetito el sabroso y abundante "menú" y salió. Casi a la puerta del "restaurant", tomó una "manuela", encargando al auriga que lo pasease por la Castellana y el Retiro. Quería despedirse de Madrid como un magnate. Retrepóse en el asiento, dando al aire con risueña petulancia el humo de su cigarro. Al pasar por la calle de Alcalá, dos amigos suyos, y compañeros en el noble si que también penoso ejercicio de las musas, hubieron de advertir su presencia.

—Pero, oye, ¿ese es Moscoso?

—Moscoso parece.

—¡Fumándose un puro y en coche!

—¿De cuándo acá esta maravilla?

Tentados anduvieron de hacer parar el alquilón para exigir a Moscoso cuentas de tan insólito suceso, pero se contentaron con reirse un poco, maravillados de semejante mudanza. Cuarenta y ocho horas antes habían visto a su camarada hambriento y carilargo, cual de costumbre.

Ahora iba mordiendo el habano y mascullando pensamientos, y no con el vivo optimismo de otros días, sino con cierta irreprimible amargura. Próximo a abandonar la corte, acaso para siempre, acuciábale el instinto para hacer examen de conciencia. Y en la memoria del joven poeta fué desgranándose el largo rosario de sus andanzas cortesanas y de sus virtudes y pecados. ¿Qué era él? ¿Qué significaba su vida? ¿Qué fin le esperaba?

El, Gorito Moscoso, había llegado a Madrid dos años antes, trayendo, como tantos otros, por único equipaje, un pequeño hatillo de ropa y el precioso cargamento de sus ilusiones y esperanzas. Venía dispuesto, como tantos otros, a conquistar Madrid inmediatamente, y el mundo entero después, a fuerza de versos y de dramas. Su tío, don Pascual, dueño de importante almacén de tejidos en cierta población catalana, hubo de negarle la pequeña ayuda que solicitó de su bondad para afrontar los primeros días de su lucha en Madrid. No contaba con la mezquindad del mercader el ingenuo poeta, que tenía de la vida un sentido optimista, y para quien todo en el mundo era poesía, pues su señor tío, que no estaba conforme con tanta poesía, contestó a la demanda de la siguiente manera:

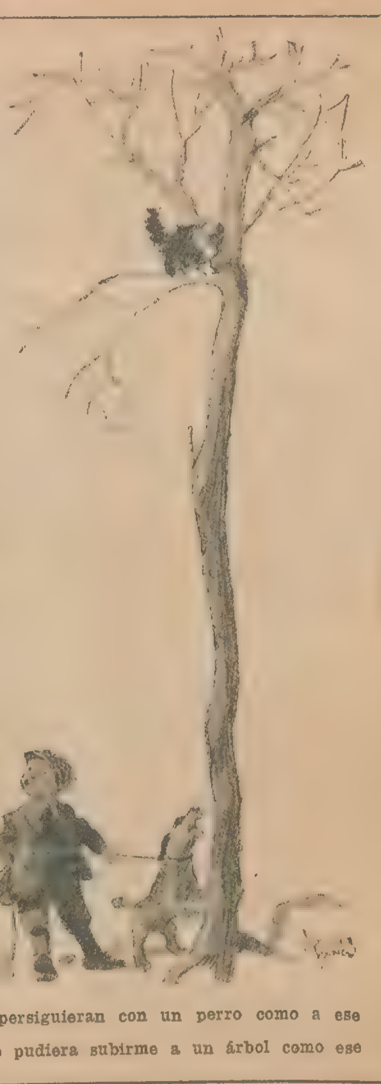
—Si te quieres ir a Madrid, a meterte en libros de caballerías, allá tú te las compondrás. Aquí siempre tendrás casa y comida, pero fuera de aquí yo no alimento vagos.

El liróforo, tuvo para don Pascual un gesto olímpico, y a la Corte se vino, echándose en brazos de la aventura y apercibiéndose al combate con las peregrinas armas de sus versos.

Tropezando y levantándose, comiendo hoy, ayunando mañana, pero siempre más cerca del ayuno que de la comida; rodando de hospedería en hospedería, y también de banco en banco de los paseos públicos para pasar la noche, había vivido Moscoso, sin conciencia del tiempo, dos años cabales. Al cabo de ellos, estaba casi tan inédito como el primer día. Ningún periódico había aceptado su ingreso en la redacción. Dos zarzuelas hubo de estrenar y ambas fueron ruidosamente protestadas. Sólo los versos, que eran buenos, le dieron a ganar unas pesetas. Pero Moscoso tenía la pretensión de vivir del producto de sus poesías.

Mudas para él las trompetas de la fama y sin un bienestar que le compensase de la falta de gloria, Moscoso era un derrotado, un vencido, uno de los muchos que no "llegan". Dos maneras hay de "llegar", según él pensaba. Una es lograr la celebridad, aunque el célebre — sobre todo si es poeta — no tenga más que para mal comer, y otra, lograr el dinero, aunque la fama no proclame el nombre. De ninguna de ambas maneras había "llegado" Moscoso. Era un fracasado en toda regla.

Y sucedió que el combatiente íbase cansando de aquella lucha sin fe y sin grandeza, obscura y pequeña, donde sus energías se dispersaban estérilmente, y hubo de pensar en la renunciación de sus fines. Un día que el hambre apretó de firme, volvió los ojos a su señor tío, y le escribió una carta entonando el "yo pecador", deponiendo sus armas de combate y pidiéndole dinero para regresar a su





—Dime, chico: ¿te gustaría que te persiguieran con un perro como a ese pobre animal?

—Sí, señor, me gustaría mucho si yo pudiera subirme a un árbol como ese gato se subió.

lado, dispuesto, al revés de Don Quijote, a no hacer una segunda salida por los campos de la aventura. Cuarenta y ocho horas después, recibía Moscoso el dinero pedido, y entonces fué cuando, deseando tomar venganza de aquel Madrid que le negara el pan y la fama — y porque el estómago le exigía inmediatas satisfacciones — entró en el lujoso "restaurant" a procurarse luengo desquite, y paseó después su fracaso, como un rey destronado, por la Castellana y el Retiro.

Anochecía cuando Moscoso llegaba a la estación de Atocha. Su mala fortuna hubo de ahorrarle patrona que despedir y equipaje que hacer.

Tomó billete de primera clase — príncipe de quimeras, quería hacer a sus sueños funerales de primer orden — y penetró en el andén. Bullía la muchedumbre interesante de todos los andenes; pintoresco conjunto de gente que se va y que se queda y que representa un puñado heterogéneo de negocios, deberes, penas, alegrías, capricho y divertimiento.

Moscoso, ya en su coche, mirando por la ventanilla el andén, próximo a partir el convoy, tuvo para Madrid un instante de conmoción sincera. Lo abandonaba con tristeza. Al fin y al cabo, era el lugar de sus sueños. La conciencia le decía que Madrid no era culpable de su fracaso. Había tenido para él grandes condescendencias. Pero la existencia de Moscoso hubo de llegar a esta conclusión disyuntiva: o soñar o comer. De seguir adelante con sus poemas, perecería sin remedio. En cambio — ¡oh, paradojas de la suerte! — al darse por derrotado, era cuando iba a comer. Llena la tripa, ¡con cuánta envidia amarga recordaría desde el almacén de su señor tío, sus hambres y luchas madrileñas! Mas, ¡qué remedio! Naturaleza se imponía... Quijote del ideal, ¿haría una segunda salida al campo cortesano? Acaso la vocación le arrastrase a ello. Pero, por lo pronto, iba a llenar la andorga. Después..., ¿quién sabe lo que mañana querrá nuestra voluntad?

Y esto pensaba cuando el tren, tras las campanadas de rúbrica y el silbido agudo de la máquina, se puso en marcha. Moscoso, desde la ventanilla, dió con una mirada su adiós a Madrid. Y, un poco ofuscado por la emoción, creyó que el silbato del convoy era la voz de Madrid que le despedía silbándole...

J. ORTIZ de PINEDO.

Los avestruces en los Estados Unidos

En el espacio de treinta años ha alcanzado gran prosperidad en los Estados Unidos la cría de avestruces.

La introducción de dichas aves en aquel país data de 1882, y el último lote fué importado en 1901.

Algunos años después se prohibió en El Cabo, bajo pena de cárcel, la exportación de huevos y de aves. La importación total no pasó de 400 o 500 individuos, y muchos de ellos perecieron rápidamente, pero hoy hay en los Estados Unidos 17 grandes fincas que poseen 20.000 avestruces. Esta notable progresión es, sin embargo, poca cosa comparada con la que se observa en El Cabo, donde hay actualmente un millón de avestruces, cuando en 1861 sólo había 80 ejemplares.

Los precios son muy variables. Un avestruz de un mes vale de 250 a 400 francos, un adulto de 750 a 10.000. Los huevos cuestan de 300 a 600 francos la docena.

Cada ave adulta produce unos 700 gramos de plumas, cuyo valor medio es de 150 francos. Los gastos de manutención y conservación ascienden a 50. La importancia y la calidad de la recolección depende mucho de la salud del animal y de su raza.

Las plumas no se les arrancan, se les cortan sin derramar una gota de sangre, y sin tocar ningún nervio.

El negocio de la cría de avestruces no es malo, y lo conseguido en los Estados Unidos demuestra que es bastante fácil la aclimatación y la cría de dichas aves.

El calor de los lagos

Desde hace mucho tiempo se sabe que los lagos son depósitos de calor. Durante el verano el agua se caldea hasta cierta profundidad y al llegar el invierno se enfría restituyendo poco a poco al aire ambiente el calor acumulado. De este modo las orillas de los lagos gozan de un clima más igual y ofrecen menos cambios de temperatura.

El señor Vercelli ha tratado de evaluar la cantidad de calor absorbida por el lago de Como, y basándose en el hecho admitido generalmente de que cada grado de elevación de temperatura del agua del lago corresponde a la absorción de una caloría por kilogramo de agua, el autor ha obtenido cifras gigantescas.

El lago de Como tiene 136 kilómetros cuadrados de superficie y su profundidad media es de 190 metros, aunque en ciertos puntos cerca de Bellagro, la profundidad pasa de 400 metros. Durante el verano la enorme masa de agua absorbe diariamente 260.000 millones de calorías, cantidad que corresponde a la combustión de 34.000 toneladas de carbón. Entre la época del mínimo de temperatura y la del máximo, es decir, entre fines de febrero y fines de agosto el total de calorías almacenadas por las aguas asciende a 43.000.000.000.000. La mayor parte de este calor se queda en las capas superficiales del lago, y así se explica el esplendor de la vegetación que caracteriza a aquella admirable región.

LA IGUALDAD ANTE LA LEY



—¡Deberán ponerle bozal!

Los parásitos de los árboles

EL PULGÓN LANÍGERO

Este parásito, que causa cuantiosos perjuicios a los manzanos, está cubierto por una pelusa cérea que lo protege del contacto del agua. Es preciso, pues, atacarlo con mezclas disolventes muy enérgicas. En la Escuela de horticultura de Versalles se emplea la siguiente:

Jugo de tabaco bien cargado (se obtiene haciendo hervir durante dos horas más o menos un buen puñado de tabaco ordinario por litro de agua) 1 litro; jabón negro o amarillo, de 1 a 2 kilos; carbonato de soda, 1 kilo; alcohol de quemar, 1 litro; agua, 100 litros. Se hace disolver el jabón en el alcohol y el carbonato en el agua. Se mezcla todos los líquidos. Se hará varias aplicaciones a los árboles enfermos.

El señor del Quercio recomienda emplear sucesivamente las dos fórmulas siguientes, advirtiendo que la segunda, que contiene menos alquitrán, debe ser aplicada en verano:

1.° alquitrán, 3 kilos; jabón ordinario, 500 gramos; agua, 96 litros.

2.° alquitrán, 500 gramos; carbonato de soda, 500 gramos; agua, 100 litros.

LA ORUGA HILANDERA DE LOS CIRUELOS

Cuando ya el árbol está cargado de frutos, ataca a los ciruelos una oruga de cerca de un centímetro de largo, que devora rápidamente las hojas y en ocasiones causa la muerte de la planta. Diversas fórmulas han sido indicadas para combatirlas, pero una de las más eficaces (mata con seguridad más del 80 % de las orugas) es la siguiente, que se aplica por abundante pulverización:

Cloruro de bario, 2 kilos; cardenillo neutro, 200 gramos; agua, 100 litros.

Esta mezcla perjudica un poco las hojas, pero por pocos días. Es algo venenosa y se puede adoptar la precaución de lavar, antes de consumirlas, las ciruelas tocadas por ella, aunque la solución que les llega es tan débil que no hay que temer accidentes.

Desinfección de un invernáculo

Es sabido que el alcaloide que contiene el tabaco, la nicotina, es uno de los más enérgicos insecticidas. En el comercio se halla un extracto de tabaco preparado que es el que comunmente se emplea, pero uno puede prepararlo haciendo hervir en agua durante un par de horas una cantidad de tabaco ordinario. Se sabe qué cantidad de nicotina contiene el líquido así obtenido, teniendo en cuenta que cien partes de tabaco dan alrededor de cinco partes de nicotina. Esta se aplica a las plantas disuelta en agua en proporción de menos de una parte de nicotina en cien de agua. Pero la nicotina o ese extracto de tabaco puede ser empleado también en vaporizaciones para exterminar los insectos perjudiciales de las plantas conservadas en un invernáculo cerrado. Para ésto se entra al invernáculo una chapa de hierro calentada al rojo y se le echa un chorro de extracto o nicotina disuelta en un poco de agua. Inmediatamente se formarán densos vapores insecticidas. Al cabo de dos o tres minutos la atmósfera del invernáculo—cuyas puertas serán cerradas—se vuelve irrespirable. Todos los pulgones y otros insectos mueren rápidamente.

El matrimonio de Zamacois

El lector conocerá sin duda lo que acerca del matrimonio del ilustre novelista Eduardo Zamacois escribió Emilio Carrere, quien habló de la bigamia escandalosa de aquél y de una hija abandonada, una maravillosa morenita de diez y ocho años.

Pues vea ahora como relata el matrimonio de Zamacois un periódico de Nicaragua:

"Terminadas las conferencias y proyecciones de Managua, Zamacois fué a Costa Rica, dejando antes concertada y arreglada cierta empresa, muy peligrosa desde luego, con la niña que había conquistado el gran triunfo al torturar el corazón del célebre novelista.

"Un día Zamacois llegaba a Managua, naturalmente de incógnito. Sólo estaba en el secreto la niña, que por desgracia es hija de un conocido y acaudalado y pudiente periodista, hombre de importancia y grandes influencias.

"Como buen periodista que es, tuvo que enterarse del hecho. ¡Pero fué tarde! Ya los dos enamorados habían partido de la ciudad sin rumbo conocido. Averiguó, investigó el señor y, después de mucho trajín, se supo que habían volado hacia Granada.

"Entonces vino una escena de cinematógrafo de cinta yanqui, con episodios de "cow-boy"; el caballero pidió un batallón, y éste, armado de fusiles y bala en boca, montados en veloces corceles, partieron hacia el lugar, aguijoneados por la terrible ansiedad de no llegar a tiempo. Y así fué.

"Inmediatamente el hotel donde se alojaban los dos amantes fué rodeado por la fuerza. La puerta de la pieza crujió violentamente y una voz familiar dió un grito enérgico:

"—¡Abran!

"La hermosa morena de ojos trágicos, ardientes y soñadores, se sobrecogió de espanto al escuchar la orden. ¡Era el papá convertido en un ser peligroso por la cólera! Zamacois no podía escapar. Pretendió salir por el balcón y vió que en la calle unos sujetos fatídicos le apuntaban con sus fusiles.

"Esa misma noche se casaron.

Y de esta manera el gran Zamacois, célebre en España por su suerte para con las mujeres y por saberse resbalar siempre ante ellas como un jabón mojado, vino a caer en estas tierras de América en una bellísima aventura, que terminó en un hecho prosaico, práctico, real y de problemática aceptación: ¡El casorio!

"Decididamente, el Destino tiene sorpresas desconcertantes."

El panteón de los sultanes

Una de las cosas más interesantes y curiosas de Constantinopla es el interior del Mausoleo regio que se halla en el recinto de la Mezquita de Validé, en la parte antigua de la capital turca. En la cámara exterior hay unas tres docenas de féretros encerrados en unos receptáculos oblongos, de madera, más anchos y más altos por un extremo que por otro. Dichos receptáculos o cajas exteriores están cubiertos con ricos pañuelos de seda y telas de brocado. Los enterramientos de los príncipes se distinguen de los de las princesas por el blanco turbante que se ve en la cabecera. Los enterramientos de los sultanes están rodeados de una balaustrada de nogal adornada con incrustaciones de concha.

En la cámara interior del panteón descansan los restos de la fundadora de la mezquita y de sus dependencias, la sultana Validé, que como regente durante la minoría de su hijo Mohamed IV gobernó el gran imperio turco.



A este joven, antes de la guerra, no le gustaba llevar ni un paquetito de bombones.

Cómo se divorcian los chinos

Los chinos conocían y utilizaban la impresión de la huella de los dedos como medio de identificación mucho antes que los europeos, y emplean el sistema para firmar contratos y actas de divorcio, porque en China el divorcio es bastante frecuente, más que por la desigualdad de caracteres de los esposos, por las crisis económicas durante las cuales el marido se ve en la imposibilidad de mantener a su mujer. Un documento de este género sellado con la huella de la mano y del pie del cónyuge varón, publicado por un periódico inglés, dice así:

"El que esto escribe se llama Hing-Hing Wang, y tomó por mujer a Sim-Tehmang, hermana de Liu-Lao-Wei. Pero ahora se halla en extrema pobreza, y carece de alimentos y de ropa. Por consecuencia, declara públicamente que consiente en separarse de su esposa para que ésta pueda entrar en cualquier otra familia más favorecida y procurarse medios de existencia. Puede casarse con el hombre que le plazca, porque yo, Hing-Hing Wang no haré ninguna oposición. Y para que no se desconfíe de mi falta de cumplimiento de esta promesa, escribo este documento, y le aplico la huella de mi pie y de mi mano en señal de garantía."

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital		En el exterior		En el Interior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre $ oro	2.00	Trimestre	$ 3.00
Semestre	5.00			Semestre	6.00
Año	9.00	Semestre	4.00	Año	11.00
N.° suelto	20 cts.			N.° suelto	25 cts.
N.° atrasado	40	Año	8.00	N.° atrasado	50

Dirección y Administración: P. COLON, 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.



—Mira, Leopoldo, acabo de encontrar revolviendo tus papeles de senador, el mechón de cabellos que me diste cuando nos comprometimos.

LA POESÍA EN TERAPÉUTICA

I

El Barón del Río no era sombra siquiera de lo que había sido. Su robusta naturaleza había empezado a decaer desde que cumplió los cincuenta años; sus energías habían desaparecido; sus funciones orgánicas se hallaban desequilibradas, y ante todo y sobre todo, pasaba unas noches crueles, pues en ellas le acometía pertinaz insomnio, y cuando, rendido de dar vueltas en el lecho, se quedaba dormido, acometíanle terribles pesadillas que lo obligaban a despertar siempre, y muchas veces a arrojarse al suelo.

¿De qué le servían al Barón sus considerables rentas, que por ser soltero, no tenía que compartir con nadie, si aquella existencia era un verdadero suplicio?

Cuando el malestar llegó a revestir los caracteres de verdadera enfermedad, el Barón llamó a su médico, el doctor Cifuentes, para consultar con él el caso, y el doctor, después de un examen minucioso y detenido, empezó por encogerse de hombros y luego, acaso por justificar la futura cuenta de honorarios, se creyó en el caso de pronunciar el siguiente discurso:

—El insomnio, amigo mío, no es una verdadera enfermedad; pero puede ocasionar muchas, especialmente de las nerviosas, como la hipocondría, el histerismo, la epilepsia, las inflamaciones cerebrales.

—Bien; pero...

—El insomnio impide la reparación de las fuerzas, los órganos se gastan prematuramente y el paciente envejece de una manera rápida y notable.

—Y para evitarlo...

—La higiene de los dormitorios es lo primeramente recomendado: que sean ventilados, sin lumbre, ni flores, ni animales domésticos, que alteran o enrarecen el aire respirable; almohadas de cerda; ropa de abrigo poco pesada; dormir una sola persona en cada cama.

—Pero, doctor...

—Ya sé que es usted soltero, ya lo sé. Hablaba en tesis general.

Hay que evitar también la luz, el ruido, las bebidas aromáticas, el excesivo cansancio cerebral, y en cambio, conviene comer verdolagas o lechugas, antes de acostarse. Hay que dormir, amigo Barón, hay que dormir, porque el sueño es un impulso de renovación y de vida para las funciones orgánicas.

—Luego, usted me recomienda...

—Higiene, muchísima higiene, ejercicio moderado, alimento moderado y a lo sumo, a lo sumo, tomar un baño tibio por las noches.

—¿Y si a pesar de todo no se duerme?

—Un célebre higienista y académico español dice que a veces surte buen efecto contar mentalmente "uno", "dos", "tres", "cuatro"... hasta mil. Y después volver a empezar; pero yo no he comprobado ese procedimiento matemático.

El Barón no debía tener en gran concepto a su médico, retrasado medio siglo en sus conocimientos, y quiso consultar a un especialista en padecimientos nerviosos, que había hecho una fortuna a fuerza de reclamos con láminas, en los periódicos de gran circulación.

El segundo doctor escuchó la historia narrada por el paciente; se enteró de lo que haba opinado su colega y movió la cabeza como él.

—Es un caso especial, en que no me atrevo a emitir una opinión definitiva. Si se tratase de la enfermedad del sueño, que hoy estudian en Africa varios sabios ingleses, belgas y portugueses, podría acogerme a los descubrimientos de los doctores Bettengourt y Castellani, y buscar el microbio llamado "diplo streptococus" en los líquidos cerebrales de usted; pero la enfermedad del insomnio es todo lo contrario.

—Pero ¿no podría usted darme algún calmante que atenuase mi mal, ya que no lo curara radicalmente?

—Sí: las inyecciones hipodérmicas, de morfina o de opio, los preparados de láudano, antipirina, aconitina, cocaína, y otros de carácter narcótico; pero creo que ni esto, ni las verdolagas que le ha recomendado mi ilustre comprofesor, curarían su mal. Haga usted bastante ejercicio, prescinda de preocupaciones, distráigase variadamente, dedique su actividad a algo y... venga usted por aquí de vez en cuando.

Semejantes consultas no podían ser muy consoladoras para el Barón del Río, el cual, sobre todo, cuando tenía que pagarlas, se daba a los diablos y maldecía de la impotencia científica para aliviar su enfermedad.

II

Lo cierto es que no eran para envidiadas las noches del Barón. En sus agitados y absurdos ensueños solía ver desarrollarse, con todas las extravagancias propias de la pesadilla, su pasada e inútil existencia.

Durante la juventud se había creído diferentes veces enamorado, y aun algunas de ellas había llegado a pensar en el matrimonio; pero sin pasar del pensamiento. El estado matrimonial exige grandes cuidados, motiva disgustos, requiere tal vez abnegación y sacrificios, y si al matrimonio sigue la paternidad, hay que renunciar en absoluto a toda tranquilidad y descanso. ¿Fueron estas circunstancias las que pusieron término a todos los amoríos del Barón? Este había visto posteriormente a varias de sus antiguas novias, ajadas acaso por los años, pero acompañadas de hijos en quienes sin duda se sentían renacer y cifraban su felicidad. Otros hombres, menos previsores que él, se habían arriesgado y acaso disfrutaban una dicha para él vedada.

Acaso también había contribuído a hacerle aborrecer el vínculo matrimonial y los encantos de la paternidad, aquella antigua doncella de su madre, que se marchó de la casa, pretendiendo que el Barón reconociera ciertos deberes problemáticos. ¡Pues no se había atrevido a menudear los escándalos a la puerta de la casa, llevando, primero en brazos y de la mano más tarde, a un muchachuelo!

Y apenas se borraba de su ensueño el capítulo del amor, le acometía el de la amistad. El Barón conocía y cambiaba el saludo con muchísimos individuos de la alta sociedad de que formaba parte; pero ¿podía asegurar que contaba con un solo amigo entre ellos? Y contestaba negativamente, guiado por presunciones, pues las amistades exigen pruebas para ser proclamadas, y el Barón nunca las había sometido a aquella piedra de toque.

El Barón, en el insomnio como en las pesadillas, se preguntaba ansiosamente si basta la riqueza para la dicha, o si son necesarias otras condiciones, y recordando haber leído en algunos moralistas que la fortuna sólo es apetecible por el bien que con ella puede hacerse, trataba de recordar los beneficios por él dispensados, y por mucho que registraba en las profundidades de su conciencia y en los rincones de su memoria, nada encontraba que le pudiera satisfacer. Pero ¿era suya toda la culpa? Cuando los mendigos se le acercaban, alegando tener hambre o frío, ¿podía prestarles más crédito que a sí mismo? ¡Frío!... Pues si hasta le sofocaba el gabán de pieles que le cubría el cuerpo... ¡Hambre!... ¿Y acaso no era preferible el hambre a las malas digestiones suyas?

Su vida había sido una sucesión de días, sin desemejanzas entre sí, consagrados todos ellos a su propio y personal cuidado. Limitado a consumir sus rentas y a darse el mejor trato posible, pero sin haber conocido nunca la lucha con la adversidad, el encanto de la producción, las impresiones de los pesares ni de las alegrías, que rompieran la monótona normalidad de su existencia, ¿había sido feliz?

Al dirigirse mentalmente esta pregunta, el Barón se inclinaba a darle una respuesta negativa, y sin encontrar en lo pasado halagüeños recuerdos, ni en lo presente positivas satisfacciones, temblaba ante lo porvenir, que le ofrecía soledad durante los días e insomnios por las noches.

Y ganado por la pesadilla que tantos absurdos lleva a la imaginación, se veía enfermo, desahuciado, muerto y acudiendo a ser residenciado ante la justicia divina. Y el que durante la vida no había sabido llevar pacientemente una espera de cinco minutos para la comida, veíase en la antesala del cielo, olvidado de todos, sin que nadie le hiciera el menor caso, ni la más ligera pregunta, y viendo que se le anteponían infinitos individuos de todas las clases y posiciones sociales, y muy especialmente tropeles de desgraciados, que habían padecido trabajos y privaciones, se habían sacrificado por sus semejantes o por el bien de su país y acudían gozosos al eterno descanso, tan merecido y bien conquistado. Y aquel olvido, aquella indiferencia en la otra vida, correspondían en un todo a la insignificancia del Barón, que si no merecía eternos castigos por su maldad, tampoco podía aspirar a premios generosamente otorgados por la Providencia.

Algunas veces, entre los afortunados que pasaban delante de él, buscaba afanosamente algún conocido... Otras, quería descubrir entre unos soldados muertos por la patria en los campos de batalla, el inanimado e innumerado individuo que fué a servir por él en el ejército, cuando, mediante una "trampa legal", quedó libre del servicio.

No es posible precisar nunca la duración de los ensueños, por perderse en ellos toda noción de tiempo; para el Barón, su espera en la antesala del cielo, solía ser de muchísimos siglos; pero dentro de la realidad no debía exceder de algunas horas, porque, cuando empezaba a quedar tranquilo, advertía que la luz penetraba en su gabinete y que la población, con sus múltiples ruidos, le denunciaba la hora del trabajo... de los demás.

III

El pobre Barón, que en vano había consultado a la ciencia médica para calmar sus insomnios y sus sueños agitados, empezó a poner en práctica otros recursos empíricos con resultado no más satisfactorio.

Entre ellos figuraba el asistir a las sesiones del Senado, a las recepciones académicas, y a las conferencias de algunos centros y sociedades. Pero las recepciones académicas y las tabarras que traen consigo, no son muy frecuentes; el Senado no funciona de modo permanente, y al dormirse en la tribuna, corría el peligro de ser arrojado de ella; y, para oír a ciertos conferenciantes, no basta la resignación ni siquiera de quien, como el Barón, lo haga para medicinarse.

También se consagró con verdadero ensañamiento a la lectura de la prensa periódica; pero el cambio que en su carácter y estructura ha sufrido ésta, hacía contraproducente el procedimiento, porque la información rápida y al minuto de los sucesos del mundo despierta y aviva, en vez de adormecer. Entonces, recordando aquel periodismo de mediados del siglo, con sus artículos doctrinales de cinco columnas, vió en ellos la panacea que buscaba y se consagró, en la Biblioteca Nacional por el día, y en el Ateneo por la noche, a la lectura de periódicos de cuarenta años fecha. Y como el heroísmo suele llevar en sí el premio, ocurrió al Barón que, leyendo unos periódicos del año 1864, tropezaron sus ojos con algo que no era un artículo de fondo, sino unos versos de un poeta de Valencia, que comenzaba por entonces a brillar y que se llamaba Enrique Gaspar. Habían sido leídos en un teatro de aquella población, en función consagrada a remediar los desastres causados por la inundación de Alcira.

Pero ¿qué decían aquellos versos?

¡Cosa más extraña! Un caso patológico que parecía un presentimiento del poe-

ta: la historia de un ricacho, duro de corazón y falto de afectos, que nunca se había consagrado a remediar la desgracia del pobre y que era a su vez tan desgraciado, que el sueño huía constantemente de él.

Tenía criados, coche
y cuanto a su afán cumplía:
miento, sólo no podía
pegar los ojos de noche.
Todo el proto-medicato
en vano le visitaba
y el pobre señor gritaba:
—Si no me curan, me mato.

El personaje imaginado por el poeta valenciano, pareciase, como se ve, al Barón, como dos gotas de agua se parecen. Una cruda noche de invierno acercósele un pobre pidiéndole limosna, pues él y su familia carecen de todo y hasta tienen para dormir solamente un felpudo... El egoísta siente por vez primera algo que no había sentido nunca, y alargándole un bolsillo, le dice:

—Para una cama.—
Volvió a su casa risueño;
la cabeza recostó
sobre la almohada y pasó
toda la noche de un sueño;
y oyó al despuntar la aurora
que una voz libre de enojos
dijo: Dios cierra los ojos
del que consuela al que llora!

La lectura de los versos sumió al Barón en meditación profunda. Cerró el tomo del periódico, renunciando a leer más por aquella noche; acostóse y en la pesadilla que, como de costumbre, le acometió, fijóse en su cerebro con tenacidad el caso contado por el poeta valenciano y después el recuerdo de la doncella que había servido en su casa y que, al ser despedida, le exigía cuentas y no de salarios devengados.

Cerca del amanecer se quedó dormido y, sin embargo, se levantó muy temprano contra su costumbre: salió a la calle y sin duda hubo de tener aquel día graves ocupaciones, pues no volvió a su casa para almorzar ni para comer, con impaciente extrañeza del mayordomo.

—Señor, le dijo éste, viéndole regresar al anochecer, nos tiene usted con cuidado. ¿Le ha ocurrido algo?

—No, Pascual; nada me ha pasado; pero necesito ahora de tu discreción y de tu actividad.

—Mande el señor.

—Pues bien; deseo que ahora mismo vayas a la calle del Espíritu Santo, número 89, donde en un cuarto del patio ha muerto una pobre mujer, que fué criada de mis padres. Di a las personas de su familia que todos los gastos del entierro corren de cuenta mía.

—¿Nada más?

—Por hoy no; pero mañana recogerás en la misma casa a un muchachuelo de 12 a 14 años, que queda huérfano, y lo llevarás a las Escuelas Pías de San Antón, donde lo dejarás en concepto de interno, abonando lo que sea necesario para su ingreso, y diciendo al rector que yo me encargo de todos los gastos de su educación.

El mayordomo, como discreto, no quiso aventurar ninguna pregunta y se limitó a decir:

—¿Quiere el señor alguna cosa más?

—Una taza de tila, que estoy algo nervioso.



Era débil y resolvió hacer ejercicio. Primero, gimnasia de Ling; después carrera pedestre, luego, alzar pesos. El resultado fué espléndido: se le desarrollaron todas las partes de su cuerpo... menos la cabeza.

Poco después se acostaba el Barón, y aguardando al sueño, tan lento siempre en acudir a él, hizo algo que no acostumbraba generalmente: rezó, y rezó de todo corazón, por el eterno descanso de una desdichada mujer, a la que había consolado en las últimas horas de su vida, prometiéndole que no quedaría abandonado su hijo huérfano.

Y entre el cansancio físico, el rezo monótono y un dolor mezclado con cierta íntima satisfacción, quedóse dormido más temprano que de costumbre, y despertó también más tarde al día siguiente. ¿Empezaba a producir efecto la medicina del poeta Gaspar, o su descanso era una consecuencia lógica de la agitación en que había pasado el día anterior?

Mientras se dirigía estas preguntas leyó los periódicos de la mañana, con mayor interés que otras veces. Diríase que trataba de encontrar aplicaciones a su actividad.

Y no tardó, por cierto, en encontrarlas. Los citados periódicos daban cuenta de un caso relacionado con la ley de reemplazos del ejército, verdaderamente triste. Un muchachón a quien había correspondido la suerte de soldado, había sido citado diferentes veces por la prensa como un caso de bondad e inteligencia poco comunes.

Hallábase próximo a terminar la carrera médica, en la que había obtenido todos los premios ordinarios y extraordinarios y a la vez prestaba servicio en una notaría y con el producto de su trabajo mantenía a su padre anciano y a unas hermanas. Entre las exenciones del servicio figura la del mozo que mantenga a su padre sexagenario; pero nada dice de las hermanas, y, además, el padre del estudiante no había cumplido aún los sesenta años, aunque le faltaban pocos meses. La ley protectora destruía aquel hogar, mandando a las filas al estudiante más aplicado de San Carlos y condenando a un viejo a la miseria, y acaso a la perdición a dos muchachas. ¡Todo por carecer de 1.500 pesetas!

El Barón, que parecía en camino de regenerarse, apuntó las señas del domicilio del muchacho, vistióse apresuradamente, y sin aguardar a que engancharan su coche, marchó a pie al Ministerio de Hacienda; obtuvo después de cien trámites enojosos la carta de pago de las 1.500 pesetas que implicaba la salvación de una familia, y metiéndola en un sobre blanco, la hizo llegar directamente y sin revelar su nombre a poder del mozo.

Los periódicos de aquella noche publicaron con letras gruesas el acto filantrópico y los reporters derrochaban infructuosamente toda su actividad e inteligencia por averiguar quién fuera el bienhechor.

El acto de caridad no había dejado huella, y lo único que se permitió el Barón, como resto de una vanidad bien disculpable, fué comprar todos los periódicos de la noche para leer sus comentarios.

También aquella noche durmió como en mucho tiempo no había dormido, y acaso hubiera continuado durmiendo hasta bien entrado el día, si, contra lo que ocurría siempre en la casa que habitaba, no hubiera sentido por las escaleras ruido de voces y pasos que algo excepcional anunciaban. Se arrojó del lecho sin aguardar como otras veces a su mayordomo y tiró del cordón de la campanilla para enterarse de la causa de aquellos ruidos.

—Son asuntos que no le interesan al señor, le dijo el sirviente, y lo único sensible es que le hayan hecho despertar.

—Pues, ¿por qué no han de interesarme?—preguntó el Barón.

—Por ser cosas de gente pobre: de una mujer recogida en las bohardillas.

Nuestro protagonista tradujo la actitud de su mayordomo y sus reparos para hablar, antes como un cargo moral que como un acto de consideración, y le dijo secamente:

—De todas maneras, quiero saber lo qué ocurre.

—Pues uno de los muchos acontecimientos de la vida. Una pobre mujer, viuda de un albañil que hace ocho días se estrelló cayendo de un andamio, y que quedó con cuatro hijos y sin más bienes que el día y la noche... Todos ellos fueron recogidos de caridad por los inquilinos de nuestra bohardilla, que tampoco están muy sobrados, y ahí han estado durmiendo sobre el duro suelo la madre y los hijos... con la desgracia, además, de que la viuda quedó embarazada en meses mayores y esta noche ha dado a luz unos gemelos.

Y el mayordomo, queriendo que a la historia siguiese una moraleja apropiada al carácter de su señor, añadió: Yo no sé cómo esa gente se atreve a tener hijos, careciendo de medios para mantenerlos.

Aquella vez, sin embargo, la observación no debió ser muy del agrado de su amo, pues éste se limitó a decir:

—¡Bueno! Quiero que ahora mismo subas a la bohardilla mis dos colchones de lana.

—Pero, ¿y usted?

—Para lo que yo duermo, generalmente, todos los colchones están de más.

Y con el objeto de que su acto caritativo no fuera tan limitado, dispuso poco después que se subieran a la pobre de la bohardilla algunos alimentos y una regular cantidad en metálico, como prenda y anuncio de nuevas caridades y mayores donativos en lo porvenir.

Y es fama que aquella noche, acostándose sobre su lecho privado de dos colchones, durmió profundamente y sin que le acometieran las pesadillas que tanto le hacían generalmente sufrir.

IV

El mayordomo llamaba poco después en casa del doctor Cifuentes.

—¿Qué hay, Pascual?—le preguntó éste—¿ocurre algo?

—Sí, señor, y algo terrible: creo que mi pobre señor se ha vuelto loco.

—Pero, ¿en qué te fundas?

—Desde hace pocos días muestra una actividad que nunca le he conocido y... perdóneme el señor doctor, si cree que me excedo... parece tener empeño en repartir su fortuna en obras de caridad.

—¿Y a eso le llamas locura?

—Ha empezado a dormir bien...

—Lo cual no es tampoco síntoma de enajenación mental.

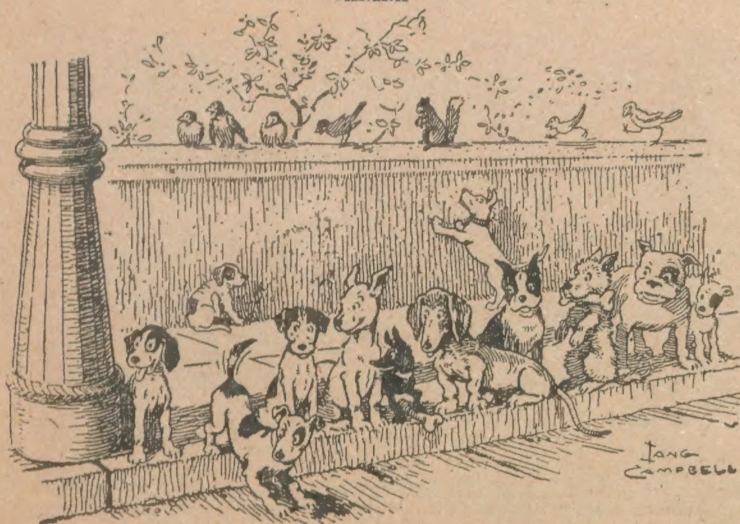
—Y esta mañana al despertarse y mientras le acercaba la ropa, empezó a decirme las cosas más incoherentes del mundo... como que la poesía es un auxiliar de la terapéutica... y, por último, me mandó que recorriera todas las boticas para pedir, si existe, un ejemplar de las poesías de Enrique Gaspar.

El doctor Cifuentes se quedó pensativo y dijo al cabo:

—Iré a verle... aunque empiezo a sentir la duda de si el loco serás tú.

M. OSSORIO Y BERNARD.

CANINA



Esperando el desfile de los perros de la Cruz Roja.

El triunfo de los gusanos

La huerta murciana, suave tapiz de ensueño, esplende su verdor de cien matices. Los naranjos floridos son como pebeteros donde se queman los aromas de los azahares. Y el tributo de los rosales se ofrece al regio paso de la primavera triunfal.

La calma de la atmófera es enervante como perfume de azahares de Oriente. Bajo un dosel de ramas requiere su trono el ruiseñor. Y si su voz se calla, en tanto, mansamente, el agua en los regatos dice su serenata.

Breves como ermitas, ponen su nota blanca las barracas entre la sinfonía verde de la huerta. Y aquellas casas tan pequeñas son, sin embargo, el cotejo de una de las más grandes suntuosidades terrenales. Una de las fases de la pompa mundana tiene su origen allí. Aquellas casas breves son los palacios de la seda.

Sobre lechos de caña se extienden legiones de gusanos. Las moreras desnúdanse de sus hojas, y quedan con el esqueleto de su ramaje como en horas de invierno, para que los señores gusanos tengan a un tiempo cama y alimento. Y los señores gusanos, cuando despiertan de su sueño, consumen voraces, con crepitar isócrono, todas las hojas de un moral.

La seda es litúrgica y fastuosa. Y aquellos singulares artífices, que son lo más miserable que se puede ser sobre la tierra, esto es, gusanos, son los que hacen la seda.

Las monjas de Santa Inés, en Roma, cuidan, por canónico privilegio, un rebaño de corderos, con cuya lana se han de tejer precisamente los palios arzobispales. El cordero es noble y tiene prestigios divinos. Sin embargo, no produce sino lana y no da su tributo más que a los arzobispos. El gusano es feo y vil; pero él hace la seda del manto de los pontífices.

Uno de los vértices del lujo y de la voluptuosidad humana, es la seda. Una mujer puede dejar de ser virtuosa ante la ilusión de las vestiduras de seda. Una reina no lo parece sino cuando la seda cubre su cuerpo. Una hermosa necesita que el halago de la seda roce suavemente su carne.

Y ese símbolo de riqueza, de poderío y de placer lo van haciendo unos gusanos sobre un lecho de cañas. Es como si pusieran sobre todos los más heroicos y magníficos poemas épicos y galantes, la suprema amargura del Eclesiastés y del Kempis.

¡Oh, soberano imperio de los gusanos, que triunfa de todos los imperios de la tierra! Gusanos son los que crean para los poderosos mundanos. Gusanos los que cubren sus cuerpos con emblemas de opulencia y de mando. Y luego otros gusanos son los que hacen festín de los cuerpos que fueron.

Y mueren los hombres más poderosos y las mujeres más bellas. Pero impasiblemente vuelven a cubrirse los árboles de verdor, requiere entre sus ramas el ruiseñor su trono, y el agua mansamente, en los regatos, dice una serenata.

Sobre un lecho de cañas, los gusanos van creando la seda...

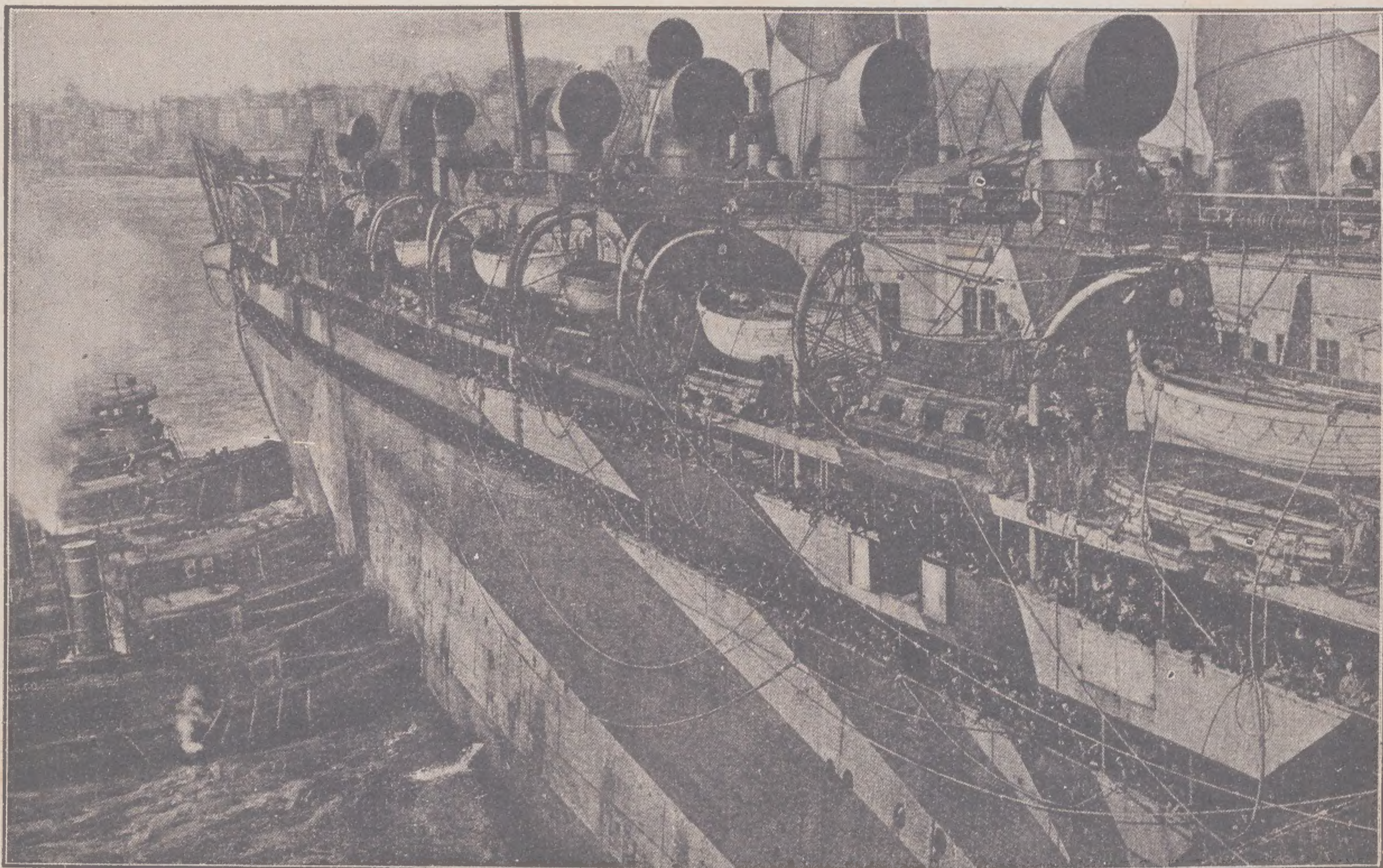
Pedro de REPIDE.

El faro más antiguo

La palabra "faro" recuerda a una antiquísima construcción que ha servido como modelo de todos los faros construídos durante siglos y punto de partida de la técnica en obras de esa clase: a Faros, gigantesca torre luminosa levantada en Egipto en el año 285 antes de nuestra era. Fué este el primer faro conocido. Servía exlusivamente para indicar a los barcos la ruta de entrada a los dos puertos de Alejandría, cuyas cercanías estaban sembradas de bancos de arena y arrecifes. Se le dió el nombre de Faros por ser el del islote, situado a 1100 metros de tierra firme, en que se levantaba. En uno de sus muros leíase esta inscripción: "Sóstrato de Cnido, hijo de Dexifanes, a los dioses salvadores para bien de los marinos". Sóstrato fué el constructor que planeó y dirigió la obra, siendo rey de Egipto Ptolomeo Filadelfo. Este faro fué considerado como una de las siete maravillas del mundo. El foco luminoso era una gran hoguera de leños constantemente encendida. Este faro existía por lo menos hasta el siglo XII, época en que lo vió un geógrafo árabe, el cual afirma que tenía 150 metros de altura y que su luz veíase desde una distancia de 100 millas romanas (150 kilómetros), cantidades que sin duda son exageradas, aunque debió ser realmente de una altura notable a la vez que de imponente aspecto, pues la torre estaba construída toda de mármol blanco.



DEL ÚLTIMO CORREO



Llegada a Nueva York del transporte "Mauretania" en el que han regresado de Europa 3300 soldados norteamericanos que participaron en la guerra y fueron licenciados.



El volcán Irazú, que es la cumbre más alta de Costa Rica, entró últimamente en un período de violenta erupción, que, como se ve en la fotografía, ha abierto un nuevo cráter. A la derecha hay dos cráteres antiguos convertidos ahora en grandes lagos.

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires



EVELYN NESBIT